

 Confesiones
de un culé defectuoso
Sergi Pàmies



Lectulandia

Sergi Pàmies se ha convertido en uno de los cronistas literarios de deportes más seguidos, gracias a su capacidad para radiografiar nuestras pasiones y nuestros comportamientos colectivos a partir de la anécdota futbolística, como un día hizo Manolo Vázquez Montalbán.

Ello completa su reconocida personalidad en el terreno narrativo, caracterizada por una mirada fresca, incisiva y de una melancolía cada vez menos disimulada.

En Confesiones de un culé defectuoso, Pàmies explota la vena humorística, emocional y sorpresiva, que le ha convertido en un referente para muchos lectores. Aparece el relato generacional con la observación de los comportamientos colectivos, su propia memoria sentimental y la pasión futbolera. Desde su “conversión barcelonista” adolescente, ligada al retorno del exilio, hasta los secretos de su conocido cruyffismo, pasando por retratos mordaces de los sucesivos presidentes o por su incapacidad para ser anti nada... Y con la misma brillantez interpreta los silencios del estadio, evoca a jugadores olvidados como Sotil o desentraña las premoniciones como motores de la psicología del aficionado.

En esta original “confesión defectuosa”, Sergi Pàmies guarda para el final una sorpresa sobre las esencias de toda pasión deportiva y colectiva...

Sergi Pàmies

Confesiones de un culé defectuoso

Áncora & Delfín - 1367

ePub r1.0

Titivillus 12.01.2023

Título original: *Confessions d'un culer defectuós*
Sergi Pàmies, 2016
Traducción: Andrés Pozo
Diseño de cubierta: Diego Mallo

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.1



Para Josep Lluís Monreal, por tantas y tantas cosas en general y
por dejarme el carné de socio del Barça durante veinticinco
años en particular

Bienaventurados los que no son cronistas deportivos, porque no tendrán que explicar lo inexplicable ni racionalizar la locura.

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE
(Quando é dia de fútbol)

Soy el típico que se queja de la cantidad de libros de fútbol que se publican y luego escribe un libro de fútbol y se publica.

ENRIQUE BALLESTER
(Infrafútbol)

Cuando vemos un partido de fútbol no nos puede pasar nada: como en la proximidad benéfica y frontal de un sexo de mujer en determinadas posiciones del acto amoroso, que hace que se disipe instantáneamente la angustia de la muerte, que la anestesia y la funde en la humedad y la dulzura del abrazo, el fútbol, mientras lo vemos, nos mantiene radicalmente a distancia de la muerte. Finjo que escribo sobre fútbol pero escribo, como siempre, sobre el tiempo que pasa.

JEAN-PHILIPPE TOUSSAINT
(Football)

En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey, pero sigue siendo tuerto.

JOHAN CRUYFF

Primeras y segundas veces

Las primeras veces son un filón literario peligroso. La empatía que se establece con el lector puede ser tan inmediata como engañosa. Cuanto más colectiva es la primera vez, más fácil es activar los mecanismos de la emoción y la nostalgia. Cuando Philippe Delerm escribió *El primer trago de cerveza y otros pequeños placeres de la vida*, conectó con miles de lectores de todo el mundo, seducidos por un repertorio de insignificancias tratadas con una delicadeza contagiosa y un lirismo de proximidad. Existe un corpus no oficial pero oficioso de primeras veces. Ver el mar por primera vez. La primera borrachera. El primer beso. Y, por supuesto, la madre —sexual— de todas las primeras veces.

En el mundo del fútbol, las primeras veces no siempre se definen con tanta precisión, pero tienen un magnetismo evocador que supera las fronteras generacionales. Muchos aficionados recuerdan perfectamente la primera vez que su abuelo les llevó al fútbol. Pero también los hay que admiten que, precisamente porque en el momento de nacer fueron adscritos a unos colores determinados por imperativo hereditario, no están en condiciones de recordar la primera vez que vieron jugar a su equipo. En esta cuestión, como en tantas otras, intervienen el azar y la gestión familiar del ocio. Nick Hornby, autor de una de las biblias sentimentales del fútbol, *Fiebre en las gradas*, cuenta que empezó a ir a ver partidos de fútbol cuando sus padres se divorciaron y el señor Hornby no sabía adónde llevarlo los domingos. En el caso del Barça, es habitual que criaturas de dos y tres años acompañen a sus padres o sus abuelos y esto dificulta la minuciosidad y la precisión en la administración, siempre relativa, de la memoria. Como el propósito de estas confesiones es que el narrador se exprese de un modo deliberadamente subjetivo, tendré que confiar en la memoria y, para que se entienda hasta qué punto es relativa, usaré a menudo la primera persona.

No soy nada original. Mi primera vez barcelonista también tiene que ver con los azares familiares. Llegué a Barcelona en julio de 1971. Tenía once años y había nacido y vivido en Francia. El viaje desde el punto de partida, Gennevilliers, en la periferia norte de París, hasta el punto de llegada, Barcelona, no era negociable. Me tocaba acatar la decisión familiar de volver

del exilio, por más que intuía que afectaría —hasta extremos que entonces aún no podía calibrar— mi identidad. Llegados en pleno verano, la adaptación fue problemática hasta que, como un superhéroe al rescate de un alma en pena, intervino mi tío Pau. Era el hermano menor de mi madre y, cuando vio que yo sufría ataques alternos de angustia española y melancolía francesa, decidió adoptarme durante unas semanas. Me llevó a su casa, en Sant Vicenç dels Horts, me presentó a mi primer amigo en Catalunya, Luis Antonio Salvadores (de la familia de abogados laboristas Salvadores), y me preguntó qué cosas me interesaban. Cuando le respondí que el fútbol, se le iluminó la mirada. Como casi todos los niños de mi barrio, yo era una máquina de coleccionar informaciones inútiles sobre jugadores de la liga francesa, vivía la vulgaridad y la asepsia del fútbol parisino, condenado entonces a no poder presumir de ningún equipo presentable, y me había acostumbrado al bipartidismo crónico de la época entre el Saint-Étienne y el Olympique de Marsella. Como en muchas elecciones que he hecho en la vida, me equivoqué de bando. Abracé la causa del Saint-Étienne, atraído sobre todo por las aptitudes de un jugador esplendorosamente arrítmico, Salif Keita, que luego fichó por el Valencia (de Keita, Bernard Pivot escribe en su libro *Le football en vert*, «Un interior de una elegancia solo comparable a su fuerza e inteligencia»).

En realidad, mi devoción futbolística era poco francesa, nada española y estaba centrada en tres fenómenos de dimensiones universales: el Ajax de Johan Cruyff, la selección brasileña de Pelé en el Mundial de México de 1970 y George Best. El descubrimiento de Cruyff tuvo lugar a una edad de fidelidades irrefutables: los nueve años. De todas las primeras veces futbolísticas que me han tocado vivir, la primera vez que vi jugar a Cruyff, en la televisión brumosa y en blanco y negro de un vecino (monsieur Blanc), tuvo categoría de epifanía (más adelante me extenderé sobre la figura de Cruyff en un capítulo plurimonográfico). Aunque entonces no existían los actuales medios de adscripción, liturgia e idolatría, durante meses di la tabarra a la familia (básicamente a mi madre) y por mi décimo cumpleaños pedí, en una época en la que el marketing casi no existía, una camiseta del Ajax con el número catorce en la espalda. Entonces las camisetas no llevaban el nombre de los jugadores porque prevalecía la jerarquía de la posición y el valor de la representatividad de los colores sobre la aureola patrocinada de los egos particulares. Con un criterio realista acerca de nuestro estatus económico, mi madre decidió satisfacer mi petición. Pero lo hizo a su manera, sin traicionar una coherencia pedagógica inspirada en la intimidatoria figura de Antón

Makárenko (una especie de Louis Van Gaal soviético). Las circunstancias no le dejaban mucho margen. Ante la imposibilidad financiera de comprar la auténtica camiseta del Ajax, se amparó en la dificultad logística para encontrarla en cualquier tienda del barrio. Solución: optó por regalarme una camiseta blanca y un rotulador rojo. Con la sonrisa persuasiva de que echaba mano cuando sabía que tenía pocas probabilidades de convencer, mi madre me dijo: «Ten. Pintas las franjas rojas del pecho, de la espalda y de las mangas y el número con el rotulador y ya la tienes». Como entonces me conformaba con cualquier novedad y, aunque no lo parezca, siempre he tenido buen carácter, acepté y me puse manos a la obra. Empecé por el número, detalladamente perfilado, y luego, con la lengua entre los labios en señal inequívoca de alta concentración, me puse a pintar la mítica franja pectoral roja. La ilusión de mis diez años conectaba mi cerebro, rebosante de jugadas memorables del holandés, con el trazo del rotulador. Recordaba el momento en que había estado a punto de ver jugar a Cruyff, cuando el Ajax disputó un partido en el estadio de Colombes y circuló el rumor de que podríamos acceder a una especie de sorteo de entradas que, por desgracia, nunca se llevó a cabo. Pero, a media franja, las fuerzas rojas de la punta gruesa y aterciopelada del rotulador comenzaron a debilitarse y la intensidad del color a hacerse casi imperceptible. La obra quedó escandalosamente inacabada, como una pintura abstracta propensa a sugerir interpretaciones especulativas. Como padezco de impaciencia crónica, pensé que más valía media camiseta del Ajax que nada, y salí a la calle a jugar con mis amigos, que tuvieron la deferencia de no hacer ningún comentario lacerante sobre mi media, grandiosa aunque defectuosa, camiseta.

Pero volvamos al verano de 1971.

Mi tío vio la luz al comprobar mi devoción futbolística y me dijo: «Pues tienes un primo que juega en el Barça». Ahora puede parecer una herejía, pero entonces yo no sabía qué era el Barça. Miento: lo sabía por los periódicos deportivos que leí durante aquellas semanas buscando con avidez noticias de Cruyff o del Saint-Étienne, pero no era ni seguidor ni simpatizante del equipo. De manera excepcional, también había escuchado historias de mi padre que hablaban de jugadores del Barça (Sagi-Barba, Alcántara...), pero no las había interiorizado como una materia prima formativa, sino como algo anecdótico, nada susceptible de marcar mi destino. Precisamente porque desconocía el contexto simbólico de la noticia, tener un primo en el Barça no me deslumbró demasiado, aunque quise corresponder al entusiasmo y a la generosidad de mi tío con un pacto de devoción solidaria: tener un primo del Barça me obligaba,

por pura lógica, a *hacerme* del Barça. El tío Pau era un socio de segunda grada, gol norte, con dos asientos y una vinculación apasionada, cardiopática y conflictiva con el equipo. No tenía buena salud y toda la familia había desistido de acompañarlo, asustados de verle sufrir tanto y alterarse hasta rozar los abismos del infarto. En mí el tío Pau encontró al cómplice ideal, ingenuo en los principios, moldeable en las actitudes y constante en la predisposición. Estaré eternamente agradecido, a él y a mi tía Nuri, por la disciplina, la generosidad y la alegría con que estimularon aquellas sucesivas primeras veces.

De la primera vez propiamente dicha que fui al Camp Nou no recuerdo al equipo rival ni si ganamos, empatamos o perdimos (lo cual debe de significar que nos derrotaron). Tan solo recuerdo que mi tío me previno con unas palabras sabias que, por suerte, hoy han perdido su carga profética: «Cuando llegues al campo, disfruta del estadio, del césped, de la iluminación y del bocadillo. Pero no esperes nada bueno de los jugadores. Son unos desgraciados y unos inútiles». El equipo salió y enseguida percibí que la relación que el Camp Nou establecía con los jugadores era de incondicionalidad en el rencor. Es verdad que el equipo contribuía a generar esta respuesta enfermiza. Cuando recuerdo los nombres de nuestros futbolistas más silbados, algunos culés de nueva generación me miran con extrañeza, como si me los inventara. Dueñas, Barrios, Juanito o Pérez, ¿existieron realmente, o fueron abducidos por un agujero negro? Dicen que a los once años te adaptas a todo porque eres una esponja. No fui una excepción. En medio de un partido, y de manera instintiva, impulsado por un resorte atávico adquirido por la vía de la inmersión, hice lo que hacía todo el mundo: insultar a Rexach y, como privilegio particular, aplaudir a mi primo, el gran Toni Torres García. Los caminos de la sangre son tan insondables como extravagantes. Ese vínculo de apariencia trivial (la madre de Torres y mi madre eran primas hermanas) se transformó en uno de los motores más eficaces de un proceso de adaptación durante el cual aprendí a insultar al modo culé e incorporé a mi vocabulario insultos tan fonéticamente aerodinámicos y succulentos como «toia», «burro», «pepa» y «gandul» (mi tío velaba por mi educación y no permitía que insultara al árbitro, al que consideraba una figura solo apta para ser insultada por los adultos). Dicen que los esquimales tienen cuarenta maneras de referirse a la nieve. Los culés tenemos cuarenta maneras de nombrar a un jugador malo, pero únicamente si es de los nuestros. Para no intoxicarme, el tío Pau también evitaba los insultos más groseros y tenía el detalle de dedicar a los árbitros —en ocasiones, con

una intensidad temeraria— apelativos aprendidos en su Balaguer natal, como «podrit!». Tardé en comprender que «podrido» no era el insulto más idóneo del léxico catalán para insultar a un árbitro, pero entonces todo era nuevo, todo estaba por hacer y todo era —no como ahora— posible.

La devoción sobrevenida por Torres fue uno de los pilares de mi integración supersónica —tres meses— al club, a la ciudad y al país. Como premio, mi tío apeló al vínculo familiar y logró convencer a Torres para que me llamara. Recreación: un día, suena el teléfono de mi casa y, al otro lado del hilo, escucho la voz grave, amable y generosa de un Torres que me invita a ver un entrenamiento. Enseguida se da cuenta de que yo estoy muerto de vergüenza, que soy incapaz de decirle nada y que más vale cortar la conversación, colgar y olvidarse de ese pariente catatónico. Muchos años después, cuando hacía ya una eternidad que se había retirado y yo había renunciado a todos los sueños (y pesadillas) futbolísticos, saliendo de jugar un partido de fútbol sala entre dos equipos de barrigones y cojos tuve la satisfacción de saludarlo, sin acabar de perder ese punto de vergüenza que se establece, aunque sean parientes, entre idolatrado e idólatra.

Pequeño tratado de abrazología

Los presidentes de clubes de fútbol conforman una especie masculina propensa al abrazo. No me refiero a los abrazos convencionales y domésticos que los mamíferos bípedos nos damos el día de Navidad. Ni siquiera al abrazo indiscriminado y ancestral que comparten los socios del Camp Nou cuando el Barça marca un gol. Hablo de un abrazo socialmente evolucionado, que destila poder, intimidación y, por decirlo al modo marxista, conciencia de clase. Desconozco las sensaciones que experimentan dos presidentes de clubes de fútbol cuando se abrazan. Pero, vista desde una distancia prudencial, la sucesión de palmadas en la espalda que comparten transmite grandes estallidos de testosterona y de efusión. La percusión que las acompaña hace pensar en esos documentales de animales en los que machos cabríos de cornamenta escultórica se enfrentan entre sí. Siempre he sospechado que mientras se abrazan aprovechan los golpes para comprobar la calidad de los trajes que suelen llevar. En calidad de observador diletante de la especie directiva, mi trabajo de comentarista futbolístico (en los periódicos *El País* y *La Vanguardia*) me ha proporcionado la oportunidad de abrazar y ser abrazado por algunos presidentes del Barça. Que nadie me malinterprete: han sido abrazos profesionales y que conviene situar en el ámbito de las relaciones públicas, sobre todo en la última década, cuando los presidentes ya eran más jóvenes que yo y la secuencia gestual del poder era de seducción (inicial), de distanciamiento (posterior) y de enfado (final).

Para llegar a ser abrazado por presidentes como Joan Laporta, Sandro Rosell o Josep Maria Bartomeu, antes tuve que vivir un desértico aprendizaje durante el nuñismo y el posnuñismo. Un día, en el restaurante Azpiolea de la calle Casanova, tuve el honor de ser saludado por el presidente Josep Lluís Núñez. Yo no pertenecía al séquito de periodistas o comentaristas afines. Pero gracias a la amabilidad o la curiosidad de Domènec Garcia, que entonces ejercía como jefe de comunicación del club, se estableció una tregua fugaz durante la que, sin llegar a tener una conversación, sí se me permitió (es el verbo que más se acerca a la realidad) saludarle. Tengo tendencia a mitificar este tipo de situaciones. Y precisamente porque no me fío de mi memoria, tomé notas ese mismo día. Resumidas y convenientemente editadas, las notas

dicen: «He saludado a Núñez después de haber tomado un flan y de haber compartido un almuerzo tenebroso pero revelador con Domènec García. García me ha hablado de un portero alemán al que finalmente no hemos fichado. Ha aparecido el presidente Núñez. García nos ha presentado. El presidente me ha dado una mano blanda que parecía un pescado muerto. Núñez mira fijamente. Llevado por los prejuicios de tantos años, he sentido un poco de miedo y de manera instintiva —y probablemente injusta— he relacionado el momento con una película de mafiosos y con el recuerdo de cuando, siendo pequeño y en una cena siniestra, tuve el honor de saludar a una ministra de Agricultura del gobierno de Nicolae Ceaucescu. Hemos comentado dos o tres cosas de la actualidad. En estos pocos segundos —que quizá hayan llegado a un minuto— Núñez no me ha decepcionado. Coherente con las características que subrayan sus imitadores más corrosivos, el presidente ha tenido tiempo de hablarme mal de Cruyff padre, de Cruyff hijo y muy mal de un sector de la prensa, sabiendo que era la manera de establecer la jerarquía opinativa y de marcar el territorio dialéctico. Sin embargo, me ha parecido un hombre amable, acomplejado, algo amargado por tantos años de lo que él interpreta como una incompreensión tenaz e inmerecida. Al mismo tiempo también me ha parecido que despreciaba el trabajo de la redacción de Deportes de *El País*, y eso me ha producido una satisfacción cercana al orgullo».

Unos años más tarde, después de la vorágine autodestructiva que llevó al presidente Núñez a dimitir, recibí la llamada de la secretaria del presidente Joan Gaspart. Me invitaba a desayunar en el edificio de la Masía. Acudí con una gran predisposición a divertirme, sin ninguna esperanza desde el punto de vista barcelonista, pero con todas las expectativas literarias activadas. Siento una admiración absurda por Gaspart. Es una admiración provocada por la dimensión más extravagante y tragicómica del personaje. Lo confieso: me apetecía aprovechar al máximo el privilegio de esta oportunidad. Gaspart tampoco me abrazó, ya que entonces los presidentes tenían la deferencia de ser más contenidos y selectivos en sus manifestaciones de hipocresía. Eso sí: fue de una cordialidad y una amabilidad extraordinarias. Mientras tomábamos un café con leche y un zumo de naranja, me dejó aturdido con una locuacidad basada en una proporción extrañamente desigual. Cuanto más habla, menos te lo crees y más increíble te parece que alguna vez haya podido ganar unas elecciones. Gaspart representa una patología que no he encontrado en ningún otro personaje del mundo del fútbol. Por razones de estabilidad emocional, es incapaz de ver en directo un partido importante de su equipo (al escritor

Ferran Torrent le ocurre lo mismo). Quizá sea una actitud impostada, pero Gaspart la cultiva con tanta convicción que es imposible no creérselo. Lo más extraordinario es cuando explica que, en la primera final de Wembley (la del gol de Koeman), tuvo que marcharse del campo porque no soportaba la emoción del momento. Huyó, y volvió cuando el equipo ya había ganado. Esto ya es lo bastante extraño como para alimentar un congreso de psicólogos, pero Gaspart añade, además, una variante tan paradójica como grotesca. Cuando el equipo va mal y pierde, busca la cinta de vídeo de la final de Wembley (la del partido que no pudo ver en directo) y se la pone para animarse.

Gaspart vivió después una decadencia proporcional a los disparates que cometió. Durante unos meses, Enric Reyna lo sustituyó. Tuve que esperar a que Joan Laporta fuera presidente para poder acercarme a Reyna. Fue en un restaurante de la Diagonal. En una mesa almorzábamos dos periodistas, el histórico y polémico cuñado de un expresidente y yo. Y desde otra mesa, a una distancia prudencial, Reyna tuvo el detalle de hacernos llegar una botella de Remírez de Ganuza gran reserva. Al salir le agradecemos el detalle con un apretón de manos correcto y sin pescados muertos. De Reyna me sorprendió, además de su amabilidad, la textura cromada de su cabello, que me hizo pensar, no sé por qué, en el cantante Tony Bennett.

Pero rebobinemos. Durante el paso del nuñismo original o de imitación al cambio revolucionario que representó la junta de Joan Laporta tuvo lugar una transformación en la tradición abrazológica del club. La excitación eufórica por la victoria laportista se produjo en unos días de intensa canícula. La noche electoral fue terriblemente calurosa y convirtió el Miniestadi en una sauna barcelonista en la que el sudor se disparaba como los aspersores que, años más tarde, mojarían a José Mourinho mientras corría como un loco por el césped del Camp Nou perseguido por Víctor Valdés. Laporta y Rosell se abrazaban, exaltados y felices. Estoy en condiciones de afirmar que, de todas las personas que he conocido en la vida, ninguna abraza tan bien como Joan Laporta. Bueno, miento: nadie abraza como Sandro Rosell. No obstante, son dos escuelas abrazológicas diferentes. El abrazo de Laporta es más potente en el impacto, más de oso que no controla su propia efusividad y que transmite una alegría que halaga a la criatura (sea de la especie que sea) abrazada. El de Rosell, en cambio, incorpora una especie de efecto. Tiene un toque de caricia en el contacto, más voluntad seductora o una sutileza que, sin ánimo de ofender y con la sola intención de describir y no de juzgar, podríamos calificar de anfibia. Si trasladáramos el talento abrazador de uno y otro a la

excelencia en el lanzamiento de faltas directas, podríamos decir que Laporta es más como Koeman, directo al grano, con trayectoria de obús, mientras que Rosell tiene un estilo más de *folha seca*. Son, en cualquier caso, dos virtuosos del abrazo. Insisto en dejar claro que nuestros abrazos han sido de pura formalidad y que no tenemos una relación tan cercana, ni con el uno ni con el otro (¡ya me hubiera gustado ser abrazado por Laporta en una de sus fiestas noctámbulas, con todos los aspersores de Moët & Chandon funcionando!), como para practicar este tipo de encontronazos consentidos. Pero tengo que decir que, cuando te sientes abrazado por estos personajes, no solo experimentas una proximidad algo incómoda, sino también una intimidación latente. Sobre todo cuando notas que, justo después de abrazarte, mantienen el contacto físico y te siguen agarrando por el cuello o por el hombro y te van apretando con una fuerza digna de un malvado de James Bond. Debo decir que, con Josep María Bartomeu, el primer momento de proximidad física que compartimos incluyó un apretón de manos de esos que amenazan con envolverte, y que se acompañan con un movimiento complementario de sujeción del antebrazo o del hombro, pero que no se convirtió en un abrazo completo porque, en el último momento y por mutua complicidad o timidez tácita, no llegó a cuajar.

Bartomeu es menos expansivo que sus predecesores. Transmite sensaciones menos espectaculares pero más fiables, típicas de una persona acostumbrada a tener que sorprender porque parte del hándicap inicial de no haberse preocupado demasiado por parecer simpático o seductor. Quiero decir que de la misma manera que si mañana tuviese que ir a la guerra elegiría a Joan Laporta como teniente de trinchera, y si se tratase de vender arena a los beduinos contrataría los servicios de Sandro Rosell sin dudarlo, si necesitara dejar a mis hijos con alguien un fin de semana elegiría a Josep María Bartomeu. Su actitud es más de cuñado algo tímido, de hombre acostumbrado a que no esperen nunca gran cosa de él, habituado a ser discreto y a querer seguir siéndolo, pero que a la vez es consciente de que debe soltarse un poco, nunca del todo, para resultar más convincente y agradable y no desentonar en la selva de grandes, compulsivos y cantamañanas abrazadores del mundo del fútbol. También es verdad que, con los meses de práctica, Bartomeu ha adquirido más soltura y ahora está en condiciones de abrazar de forma indiscriminada y a granel.

Alteraciones genéticas de un barcelonista imperfecto

Dicen que, en aritmética, el orden de los factores no altera el producto. En el barcelonismo, en cambio, el orden de los factores que intervienen en la educación sentimental de un culé puede ser decisivo a la hora de configurar su identidad. Equiparado a una religión popular con mandamientos no escritos pero igualmente vinculantes, el barcelonismo funciona por conversión hereditaria. Pocos minutos después de nacer, con el cuerpo todavía cubierto de sangre y líquido amniótico, muchos bebés ya tienen algún pariente dispuesto a administrar la aureola futbolística del neonato. ¿Cómo? No inscribiéndolo en el Registro Civil, sino haciéndolo socio del Futbol Club Barcelona. De forma que entre la masa social culé hay —y conviene tenerlo en cuenta a la hora de interpretar la historia y la sustancia electoral del club— personas que, antes de haber cuajado como homínidos, ya eran oficialmente culés. Se reconocen entre sí y solo una minoría se enorgullece y jacta de ello. Las demás, de psicología más madura y retorcida desde un punto de vista literario, preservan esta condición como un tesoro que solo comparten con otros individuos de su misma especie y en circunstancias adversas o íntimas (un naufragio, un largo período de cautiverio, el apocalipsis...).

Desde una perspectiva antropológica, este determinismo no es un detalle banal. Apela a rituales de supervivencia y a tribus en peligro de extinción. Los que no son bautizados en su primer día (o en su primer minuto: existe una sanguinaria competitividad por ver quién fue iniciado antes) se convierten a la fe barcelonista por la misma vía, pero a un ritmo diferente. En los primeros años de niñez, son bautizados con una visita al Camp Nou que, como quien supera las etapas de un aprendizaje vital que tendrá consecuencias en su desarrollo comunitario y en su formación humanística, les permitirá pertenecer a la categoría de «los que aprenden a ver el fútbol sentados en las rodillas de un familiar». En la pirámide del espectáculo, la casuística consanguínea de este estatus es diversa. Y no siempre son los padres los que se ocupan de la educación sentimental culé. A menudo las figuras que asumen este papel son los tíos y los abuelos (cada uno con sus respectivas rodillas), que, además, complementan su misión con la condición, mítica en tierras catalanas, de padrino. Que este vínculo no siga preceptos racionales es uno de

sus alicientes. Por tanto, debemos situarlo en el ámbito de las emociones más incontrolables de la especie. La condición hereditaria influye en la transmisión de los conocimientos. El aprendiz interioriza las actitudes del maestro y del tutor hasta que, llegado a la edad adulta, las hace evolucionar con aportaciones propias que, para cerrar el círculo, deberán ser transmitidas de manera vinculante a un futuro aprendiz (nieto, hijo, sobrino o ahijado). Hoy por hoy, este darwinismo es mayoritario. No hablo de una mayoría cuantitativa, porque es evidente que en el mundo hay millones de culés que no han sido educados en el aprendizaje hereditario sobre las rodillas de un pariente. Pero los socios que de verdad marcan la identidad del club son mayoritariamente miembros de este núcleo duro, albaceas de la herencia de Joan Gamper. Observando las reacciones entre los culés, se pueden detectar las diferencias de origen. Los culés que nunca eligieron serlo, sino que fueron convertidos al barcelonismo por coherencia o imposición hereditaria, actúan de una manera, mientras que los que decidieron hacerse culés por otros caminos tienen una mentalidad diferente.

Durante décadas, este protocolo ha funcionado con principios de descendencia masculina. Se entendía que el fútbol era un vínculo entre hombres y, en familias con hijos e hijas, se asignaban los papeles en función del sexo. A medida que la sociedad evolucionaba, este sexismo selectivo se acostumbró a incluir tantas excepciones como chicas hubiera que también se apasionasen por el Barça y vivieran la militancia de los colores con un entusiasmo homologable al de los chicos (a los chicos que tenían entusiasmo, se entiende, porque entre los bautizados como culés también se producen muchas deserciones). Hoy, el barcelonismo puede presumir de tener entre sus filas a miles y miles de seguidoras. Y no es solo la consecuencia de una normalización de las costumbres, sino también la certificación de que, aunque la historia las hubiera arrinconado, la especie no habría sobrevivido sin contar con las abuelas, madres, tías, madrinas, hermanas, novias y amantes culés hasta la médula. De la manera femenina de vivir el Barça y reflexionar sobre la condición de culé heredada como patrimonio de la educación sentimental y familiar ha quedado, como mínimo, un documento. Se trata del libro de Magda Sala, *Devoció per uns colors* (Pagés editors, 2005). Para demostrar que la conciliación es posible, el libro recurre a hallazgos como el título del segundo capítulo, «Casada también con el Barça».

Como ya he explicado en un capítulo anterior, en 1971 quedé biográficamente atascado en un territorio intermedio. Demasiado lejos de la moldeable infancia formativa del niño que habría podido aprender a vivir el

Barça encima de las rodillas de su tío, y demasiado desnaturalizado por once años de niñez de fútbol practicante en el exilio. Llegué a la fe culé viciado por una condición previa que siempre ha interferido en mis convicciones: la de ser un amante del fútbol por encima de cualquier otra circunstancia. Sin adscripción de club conocida ni factor de consanguinidad directa, aprendí a amar el fútbol a través del juego de la calle y de la identidad mutante, intemacionalista (argelinos, polacos, portugueses, franceses, marroquíes y españoles) y anónima de los compañeros del barrio de Les Agnettes. A partir de este vicio diario, desarrollé una devoción por el fútbol que, además, tenía la virtud de diferenciarme de mis familiares más cercanos. Educado en una casa con prioridades políticas y culturales, el fútbol no tenía ninguna relevancia. Si en una conversación se hablaba de Stalin, Lenin, Trotski, Franco, de la invasión soviética de Praga o de los disidentes torturados, a nadie le interesaba que yo me empeñase en hablar de un trallazo a la escuadra, por memorable que fuera, de Rivelino. Sin proponérmelo, representé una línea renovadora, que, rompiendo las tradiciones domésticas, separaba la vida desajustada, altruista y convulsa de mis padres y mis hermanos y la mía, más convencional, cómoda y feliz. Para mi madre, el que pasara casi todo el día pegado a la pelota, tutelado por la amistad de dos compañeros de escalera (que luego se convertirían en jugadores profesionales de rugby, pero esa es otra historia), ligado a las circunstancias de los partidos jugados en los descampados de enfrente de mi casa, y el que me apuntara al club oficial del barrio y participase en las competiciones oficiales infantiles (categoría *poussins*) de la periferia de París, fue un premio, una garantía y una solución. Tenerme monotemáticamente ocupado y bajo control (vecinos, entrenadores, jugadores, amigos) me instalaba en un territorio de seguridad y de orden que mi madre no había podido conocer con el resto de sus hijos. Mi futbolitis era una garantía de progreso y de integración. El hecho de vivir durante once años en la misma casa rompió la tradición nómada de la familia. Futbolísticamente, esto supuso que mi formación fuese acumulativa y estuviera más marcada por las circunstancias que ya he explicado en el primer capítulo (ausencia de clubes que admirar y devociones por jugadores y clubes distantes).

Con este bagaje, llegar a Barcelona y caer dentro de la marmita del barcelonismo del tío Pau tuvo consecuencias comparables a las de una terapia de choque. El Barça fue el elemento más importante para adaptarme al país y superar la condición de exiliado sobrevenido. El puente que permitió unir los años franceses del pasado con la incógnita del presente y del futuro fue el

fútbol. Pero en este caso con el añadido de una militancia que convertía la vivencia en una realidad mucho más directa, cercana, activa y divertida. Los ídolos ya no eran figuras mitificadas por el blanco y negro de la televisión o por las aproximaciones coloristas de los cromos, sino gente de carne y hueso, sangre (remota, pero sangre al fin y al cabo) de mi sangre. Además, Ramon Alfonseda, que, en una noche memorable, acababa de ganar la primera Copa del Generalísimo en muchos años, era vecino de mi tío (puerta con puerta) y esto me hizo entender —o imaginar que entendía— que en Barcelona el fútbol no era una realidad lejana tolerada como una extravagancia inofensiva por padres hiperpolitizados y megaculturalizados, sino una interferencia permanente en la vida individual y colectiva y una fuente generosa de emociones *posibles*.

Poder ir al Camp Nou cada quince días, comprar y devorar periódicos deportivos con la misma fruición con que mis padres leían *Mundo Obrero*, *Nuestra Bandera* o las estadísticas sobre la producción de plomo en los países miembros del Pacto de Varsovia, coleccionar cromos y aprenderme todas las alineaciones de memoria, encontrar en esta pasión la comunión más fácil con mis nuevos compañeros de escuela creó un cóctel identitario decisivo. Pero no todo fue tan fácil. Mi proceso de conversión al barcelonismo presentó, desde el primer día, un defecto importante. Para ser barcelonista de verdad, había que ser, además, antimadridista. Y no tardé en darme cuenta, *malgré moi*, de que yo no era antimadridista y de que debería arrastrar este defecto de fábrica hasta la muerte.

Ser (o no ser) antimadridista

Para un culé, no ser antimadridista es una tara. Al principio era demasiado pequeño como para darme cuenta. No podía entender las razones por las que no era capaz de desarrollar una antipatía que suele tener la misma consistencia que la pasión barcelonista, como si una condición alimentase la otra y fuera imposible separarlas. Con el tiempo entendí que los mecanismos de fidelidad y de rechazo son paralelos y complementarios. Como escribe Jean-Claude Trotel en su libro *Football je t'aime... moi non plus*: «La identificación de los aficionados se construye a través no solo del apoyo al propio equipo, sino también de la desvalorización de los adversarios. Ellos se convierten rápidamente en el enemigo común que forja la unidad del *nosotros*». Para los culés, de nacimiento o de crianza, el antimadridismo no es una opción: forma parte de una estructura genética. Cuanto más tarde te haces barcelonista, más difícil resulta adquirir todas las características de esta condición. Además, el barcelonismo de principios de los años setenta, el que sirvió para bautizarme, estaba muy impregnado del ingrediente de la máxima rivalidad. De hecho, el antimadridismo actuaba como un elemento de cohesión en los momentos de duda y de naufragio colectivo.

Enseguida me di cuenta de que los culés estaban mucho más unidos contra el Madrid que a favor del Barça. En las conversaciones habituales entre los culés que fueron mis mentores y me inculcaron la catequesis azulgrana, yo apreciaba contradicciones y paradojas teológicas que, en realidad, no lo eran en absoluto. Los oía hacer elucubraciones aparentemente estrambóticas, como decir: «Yo firmo perder la Liga y que el Madrid no gane la Copa de Europa», y otros dilemas abismales que conectaban con una lógica que me parecía absurda, autodestructiva y, desde el punto de vista del interés y del beneficio, ruinosa. Para no desentonar ni quedar en evidencia, intentaba no participar en estas apuestas. Procuraba no manifestar mis opiniones sobre el Madrid y aprendía a pasar desapercibido. Esto no significa que hubiera incubado un sentimiento de admiración o de simpatía por el Madrid, pero sí una vinculación que no tenía nada que ver con la rabia y el odio que detectaba en la educación sentimental barcelonista. Espoleado por el carácter confesional de este libro, y aunque tal vez sea una herejía decirlo, ya hace años que llegué

a la conclusión de que, en mi caso, el exilio fue más un privilegio y una oportunidad de libertad que un drama. Me explico: nacer lejos de un país regido por un franquismo represivo, sin sufrir el totalitarismo cultural asfixiante, fue una bendición, sobre todo teniendo en cuenta que tuve la suerte de nacer y vivir en uno de los países más civilizados y libres del mundo. Este azar biográfico me ahorró, a mí y a muchos exiliados de mi generación nacidos en el extranjero, el trauma del franquismo mamado día a día, de la represión en blanco y negro, de las depuraciones y las formas humillantes de anticatalanismo, incluidas las relacionadas con el fútbol.

En este contexto, la leyenda (posteriormente documentada) del madridismo entendido como una extensión satánica y propagandística del régimen franquista ni me alcanzó ni me influyó. En cambio, coincidiendo con la fase de construcción de mi identidad emocional de aficionado al fútbol (entre 1968 y 1971), asistí a un hecho que, analizado con la indulgencia retrospectiva de los años, tuvo mucha relevancia. Sin saber nada del Madrid imperial instrumentalizado por la casta franquista, me tocó ver, en la brumosa televisión de monsieur Blanc, los dos partidos de la final de la Recopa entre el Chelsea y el Madrid. A finales del mes de mayo de 1971 se jugaron dos partidos en Atenas: una final convencional, que acabó con empate a un gol después de una prórroga heroica, y, dos días más tarde, un partido de desempate, que ganó el Chelsea. En el reparto de simpatías de los que veíamos el partido (un grupo heterogéneo de exiliados portugueses, argelinos y españoles y de franceses generosamente hospitalarios y organizadamente comunistas), el Madrid era: a) un mito, o b) un misterio. Y la simpatía indirecta que se establece con los equipos que no te afectan de manera directa se inclinó a favor del Madrid, probablemente porque ninguno de los asistentes tenía nada que ver con el Chelsea, con Londres o con Inglaterra y, en cambio, sí con cualquier cosa que activara, por consanguinidad o solidaridad, la nostalgia de España.

En aquellos dos partidos vi cómo se emocionaban republicanos españoles afectados por la derrota sin saber que eran madridistas. Los oí corregir la pronunciación de los comentaristas franceses, incapaces de vocalizar correctamente las erres, las zetas y las jotas. En aquel Madrid jugaban Borja, Pirri, Benito, José Luis, Zunzunegui, Zoco, Velázquez, Amancio, Grosso, Grande, Gento. Y cada vez que la transmisión afrancesaba los apellidos de manera monstruosa, sonaban, como una letanía, nuestras correcciones oportuna y orgullosamente patrióticas. En esa situación, los que sabíamos pronunciar las erres, las zetas y las jotas a la española éramos protagonistas, y

este detalle en apariencia insignificante fue, en mi caso, formativo y vinculante.

Una vez instalado en Barcelona, y ya abducido por la noble causa culé, constaté que el relato apasionado de aquella final no interesaba a nadie y era recibido con miradas de recelo por parte de mis amigos. Paradoja: todo el mundo me hablaba de un Madrid que siempre ganaba haciendo trampas, pero el único Madrid que yo conocía había perdido de manera heroica en la pantalla brumosa y en blanco y negro de la televisión de un vecino. No tardé en entender que esta experiencia era una parte de mi identidad que debía mantener en la sombra, desactivada. En la intimidad, sin embargo, el interés y la curiosidad por el Madrid continuaban. Paralelamente al fenómeno de mi supersónica conversión barcelonista, yo seguía alimentando, como tantos niños de la época, la misma pasión de coleccionista de datos y cromos que tenía en Francia con los equipos franceses. Esto incluía simpatías que, en mi ignorancia, no me parecían incompatibles con el barcelonismo. Por ejemplo: me entusiasmaba el uniforme del Athletic y el estilo de un jugador como Txetxu Rojo (me hacía pensar, salvando las infinitas distancias, en George Best), y sentía una admiración futbolística sincera por jugadores del Madrid como Santillana, Del Bosque, Netzer o Cunningham. ¿Es posible ser de un equipo y no sentir antipatía por su gran rival? Normal, normal, no lo es, aunque habrá casos mucho más extremos que el mío. Vuelvo a Bernard Pivot, que explica que, por razones biográficas, tuvo que compaginar durante muchos años una sincera admiración por el Olympique de Lyon y el Saint-Étienne, dos históricos antagonistas regionales de la liga francesa. Y cuando ambos equipos se enfrentaban, sus compañeros de grada le decían: «¡Tienes que elegir!». Y él, como Antonio Machín, les respondía que si era posible querer a dos, e incluso a tres, mujeres a la vez, también debía serlo sentir simpatía por dos equipos rivales.

Evidentemente, mi inmersión barcelonista incluyó el descubrimiento de una realidad que me hizo entender las razones esenciales, históricas e incontrovertibles del antimadridismo. Pero como, con razón o sin ella, entiendo el fútbol más como una cuestión estética y una patología sentimental que como una pasión simbólica o representativa, no conseguí desarrollar sentimientos antimadridistas auténticos u homologables con los del entorno. Que conste que lo intenté. Algunas personas que viven una temporada en Andalucía o en Argentina intentan imitar los acentos y no siempre lo consiguen. Yo intenté fingir que era un auténtico antimadridista, y tampoco lo logré. El resultado del intento debemos situarlo entre el insuficiente y el muy

deficiente. Cuando algunos culés intercambiaban aquellas apuestas metafísicas sobre si prefieres que el Madrid pierda a que el Barça gane, yo jamás acertaba con la respuesta correcta. Y aunque podía criticar con vehemencia y sincera convicción las entradas asesinas de Benito, los mareajes chusqueros de Camacho o los piscinazos histriónicos de Amando, nunca conseguía hacerlo con la rabia natural de los culés indígenas. El máximo nivel de antimadridismo que logré desarrollar fue, pasados los años, una antipatía nada fingida por Paco Buyo y un desprecio casi mineral por De Felipe (con la contradicción de saber que una de las causas por las que despreciaba a De Felipe era que, en sus tiempos de jugador del Español, lesionó a Santillana e hizo que perdiera un riñón, es decir, un caso de canibalismo madridista que, de haber sido un culé como dios manda, tendría que haber celebrado como una doble victoria).

Consciente de esta tara, tuve que aprender a convivir con la especificidad de saber que no sería nunca un culé como es debido. Hasta que —la vida, mira por dónde— tuve gemelos (niño y niña). Siguiendo la tradición imprevisible de los cuñados, el mío intentó convertir a mi hijo al madridismo, probablemente para provocarme, para burlarse de las verdades absolutas, pensando que yo era antimadridista, o por uno de esos vínculos insospechados que se establecen entre tíos y sobrinos. La broma, extravagante, no me hacía demasiada gracia, pero la toleré con la infinita deportividad de que, cuando me lo propongo, soy capaz. Mi cuñado le compró la equipación completa de David Beckham. Aún hay alguna fotografía en la que se ve a la pobre criatura fingiendo que acepta de buen grado los términos morales del disfraz. Pero, por suerte, liberado de las limitaciones de su padre, influido por el barcelonismo insobornable de su madre y educado en condiciones barcelonistas normales, mi hijo reaccionó. Con la ayuda de su padrino, que el lunes de Pascua le regaló una camiseta con superpoderes alquímicos de Iván de la Peña, el niño sonrió con mucha más convicción que cuando, de manera perversa, lo obligaban a disfrazarse de adonis galáctico y tatuado vendedor de calzoncillos y perfumes. Poco a poco, recuperó las constantes vitales futbolísticas y abrazó la fe culé con un entusiasmo conmovedor (la niña, en cambio, demostró, desde el primer día en que la llevamos al Camp Nou a ver un partido contra el Betis, un desinterés cósmico por el fútbol: se pasó todo el partido de espaldas al césped, mirando a los aficionados de la parte alta de la grada). El entusiasmo de mi hijo combinó etapas de idolatría que, cronológicamente, podríamos personalizar en Saviola, Deco, Ronaldinho y

Eto'o, con todo el gasto añadido de camisetas firmadas y autógrafos enmarcados que esto conlleva.

Huelga decir que la satisfacción de tener un hijo culé no se puede describir con palabras. Y que, aunque no debería tener ninguna importancia desde el punto de vista de la conciencia humanística, alimenta aquella parte del alma más inconfesable. Y entonces se produjo una escena decisiva en mi conciencia culé. El día en que consideré que mi hijo ya era lo suficientemente mayor como para asistir a un Barça-Madrid, fuimos juntos al Camp Nou. Ya habíamos ido antes, pero, en general, su madre y yo le ahorrábamos los partidos de máxima tensión porque aplicábamos criterios pedagógicos «progres» (probablemente inútiles, pero por algún código hay que regirse en esta vida, ¿no?). Llovía a cántaros. Llegamos al estadio empapados, tensos y con una nube de pesimismo crónico en la mirada. Y entonces, cuando el Madrid salió a calentar, vi que mi hijo, que en casa no había manifestado ninguna tendencia al antimadridismo explícito ni había sido adiestrado en el vudú antiBernabéu (que, por el contrario, cargaba con la desgracia de tener un padre algo dudoso), se levantaba del asiento activado por un resorte ancestral para insultar, con una vehemencia insólita e irrefrenable, a Iker Casillas. Durante unos segundos, estuve a punto de decirle que Casillas no era precisamente el estereotipo del madridista odioso. Pero me contuve porque intuí que, en esta materia, él tenía más argumentos y más autoridad que yo. Y en lugar de aplicar criterios educativos solventes, tuve la intuición de que me convenía más sumergirme en la dimensión del momento y mantener ese estado de inmovilidad contemplativa. Mi hijo, mientras tanto, gritaba como si fuera la reencarnación del tío Pau y, durante todo el partido, lo noté hiperactivamente excitado y beligerante. Desde el punto de vista racional, yo pensaba que no le convenía comportarse así. Que mi papel debía ser el de corregirlo y tratar de inculcarle sentimientos de concordia, sentido común y deportividad. Pero no lo hice porque, sin poder definirlo con precisión, notaba que me estaba redimiendo de mi tara. Que a través de los gritos y los insultos proferidos por mi hijo, yo conseguía acceder, por persona interpuesta, a una normalidad que me había sido largamente negada.

¿Y el español?

¿Y el Español? Cuando a un culé se le hace esta pregunta, se activan oscuras e inconfesables reacciones. En origen, la rivalidad con el Español era la más intensa y turbulenta que se podían permitir ambos clubes. Hablaban de ella los abuelos y los padres y, como dice La Trinca en su adaptación de la popular *Canción de taberna* de Apel·les Mestres: «En la taberna de Mallol / ha habido palos. / En la taberna de Mallol / ha habido palos, / hablando *de futbol*. / En la taberna de Mallol / ha habido palos. / En la taberna de Mallol, / unos eran del Barça / y otros del Español». En la era moderna, la diferencia de presupuesto y la aparición de nuevos rivales han enturbiado los principios de una animadversión auténtica. De los primeros años setenta, cuando tomé conciencia del universo culé y de sus satélites, recuerdo que uno de los jugadores que suscitaban una admiración sana entre los culés era Dani Solsona. Con otros jugadores que, siguiendo el tópico periodístico de la época, habían «cruzado la Diagonal» para dejar el Barça y fichar por el Español, se adoptaba una actitud de condescendencia compasiva. Dicho con otras palabras: en el mejor de los casos, se les perdonaba la vida. En un momento muy determinado de la historia moderna, también es cierto que el Español estuvo a punto de convertirse en una especie de simulacro de un posible Dream Team II en el exilio, primero con Jordi Cruyff, hijo del profeta, y los hermanos García y con Iván de la Peña, apóstoles de un credo magnético. Pero estos experimentos, que invitan a dejarse atraer por una cierta grieta sentimental, son peligrosos. Y puede pasar, como ocurrió con De la Peña, que el jugador tráfuga o prepotentemente expulsado del paraíso barcelonista alcance niveles de buen juego insólitos con la camiseta del Español. Y es entonces, cuando De la Peña te amarga la tarde con una actuación memorable en el Camp Nou, cuando tienes que anteponer la jerarquía simbólica colectiva al talento individual y acordarte de su madre.

Históricamente, los movimientos de ida y vuelta del Español al Barça (y viceversa) han sido constantes y, en ocasiones, fascinantes. Los hay de todo tipo y entre ellos figuran jugadores incuestionables como Kubala, que lo fue todo para el Barça, o Di Stéfano, que, si el Madrid no nos lo hubiese robado, también habría hecho historia azulgrana. La rivalidad de los años setenta no

era ni de lejos la de décadas anteriores, cuando incluso los presidentes Vendrell y De la Riva competían por ver quién era más franquista. Pero en la época del estadio de Sarria, muchos culés asistían aprovechando la alternancia en el calendario de los partidos jugados en casa. Allí el culé se sentía como Robert Redford en la película *Brubaker*, un infiltrado clandestino que debía aprender a manifestarse de manera introvertida, con reacciones más implosivas que explosivas. Dicen que el roce engendra el cariño y es cierto que, de vez en cuando, algunos culés experimentaban la atracción por el lado oscuro y un cierto síndrome de Estocolmo. Se les sosegaba el ánimo y acababan sintiendo por el Español una rara y cordial indiferencia. Otros, en cambio, iban a Sarria para reafirmarse en su animadversión y perfeccionar las satisfacciones relacionadas con múltiples formas de rabia. Esta rabia ha tenido, por desgracia, momentos trágicos entre sectores violentos de una y otra afición. En la época en que el Español jugaba en Montjuic, recuerdo que el día del partido contra el Barça algunos periodistas declaradamente culés preferían disfrazarse antes que sufrir el acoso (generalmente verbal) de unos energúmenos que habrían dado el mismo miedo si hubiesen llevado una bufanda azulgrana.

La globalización, la desaparición de Sarria y el nuevo y espléndido estadio de Cornellà han acabado de distanciar a los dos clubes de la ciudad. La animadversión se mantiene, casi intacta, durante los partidos, especialmente entre los jugadores hechos en casa, que la han cultivado desde las categorías inferiores. Pero luego se desvanece y solo mantiene una cierta presencia mediática gracias a pequeñas polémicas cada vez más flácidas e insustanciales. Para los culés, pervive la idea de que el Español nunca juega contra el Madrid con la misma convicción que contra el Barça y, demasiado a menudo sin reparos, se acusa a los periquitos de ser merengones encubiertos cuando, en realidad, hay miles que desprecian al Madrid y que se hicieron españolistas por el encanto que tienen las causas perdidas y porque, en un contexto de goliatización culecéntrica, apostar por David tiene un no sé qué de romántico. Hoy, sin embargo, da la impresión de que las inercias del negocio han establecido nuevas rivalidades que perfeccionan impactos más universales, como la madre de todas las rivalidades con el Real Madrid. Y también aparecen otros candidatos a ganarse una rabia permanente. A muchos culés, invertir en sentimientos de rivalidad con el Español les parece estéril. Incluso en la enemistad, aspiran a sofisticarse y buscan nuevos horizontes ante el Chelsea o, con el añadido cainita durante la época de Guardiola, el Bayern de Múnich. A nivel mediático, esta evolución es muy evidente. Los

circuitos del sensacionalismo menosprecian la musculatura del derbi barcelonés (o «metropolitano», como dijo Joan Laporta con un dardo de maldad polivalente). Y es una lástima, porque los derbis tienen una grandeza propia y proporcionan privilegios de leyenda como pertenecer a la misma estirpe que los Sevilla-Betis, Celtic-Glasgow o Boca-River. Pero, por suerte, el día del partido a los culés se les reactivan las obsesiones heredadas y vuelven a emerger los tópicos que escucharon siendo niños y una vieja, identificable y corrosiva rabia. A la hora de encontrar la clave de los abismos espirituales entre la causa culé y la periquita, es bueno buscar respuestas en clásicos tan fiables como Enric González: «En mi opinión, a los madridistas, barcelonistas y otros seguidores habituados a los éxitos les pasa un poco eso. No han tenido tiempo de forjarse una fe a prueba de cualquier fiasco. ¿Pierden una final? No pasa nada, ya han ganado finales antes y dan por supuesto que las ganarán después, más pronto o más tarde. Pueden sentirse tristes, pero jamás han experimentado el auténtico vacío existencial de quienes sospechan, con bastante fundamento, que Dios se ha largado para siempre. Que legarán a sus descendientes una fe hecha de esperanzas incumplidas. Que todo este sufrimiento solo puede tener una explicación metafísica y que no obtendrán la recompensa en este mundo. Solo quienes padecen este vacío se acercan al fútbol de una manera realmente religiosa» (*Una cuestión de fe*, 2012).

Sotil: el cisne negro

Una de las características de la idolatría es la incondicionalidad. Adorar a un jugador y defenderlo en cualquier circunstancia (victorias y derrotas, errores y aciertos) es un juego inofensivo que, bien administrado, sirve para muscular los mecanismos de la decepción de manera preventiva. Con el tiempo, las devociones evolucionan y la admiración que sentimos cuando somos pequeños no tiene nada que ver con la que desarrollamos cuando somos jóvenes y arbitrariamente críticos o, más adelante, cuando, ablandados por las tarjetas rojas y amarillas de la vida, acumulamos razones para creer que lo más prudente es no adorar a nadie ni ser incondicional de nada. La ventaja del fútbol es que, incluso en la llamada madurez, permite conservar fidelidades incondicionales que son como una especie de lujo extravagante que nos podemos permitir.

Esta digresión viene a cuento de un personaje único, Hugo *Cholo* Sotil, que no puede entenderse sin la figura de Johan Cruyff. Ya he explicado (y volveré a hacerlo) que, en mi jerarquía de devociones, el holandés tenía categoría de superhéroe incuestionable. La admiración que producía Cruyff, sin embargo, situaba al admirador a una distancia infinita (y por tanto irrelevante) del sujeto admirado. Admirar a Cruyff era como admirar a John Lennon o la música de Bach, ni siquiera te planteabas la posibilidad de admirarlo por razones que tú habías descubierto o elegido, sino que eras un grano de arena en la inmensidad de una playa unánime de admiradores igualmente rendidos a la evidencia de las evidencias. Dicho de otro modo: admirar a Cruyff era una obviedad, la consecuencia lógica de una mínima sensibilidad por la perfección.

Cuando comenzó la temporada 1973-1974, yo ya había superado con buena nota el proceso de adoctrinamiento barcelonista. Había visto al equipo perder de manera ridícula y reiterada, me había adaptado a la ciclotimia victimista del club, sabía distinguir a un jugador «toia» de uno «gandul» y a uno «pepa» de otro «paquete» y formaba parte de la mayoría de aficionados que miraban al palco de los puros y los empresarios con la satisfacción de quien tiene un culpable a quien acusar de todos nuestros males. En este contexto, el fichaje de Sotil fue una noticia extraordinaria. En los pequeños

comités familiares, entre los amigos o incluso en el círculo de socios que compartían las tardes de fútbol en el Camp Nou, saber cosas de Sotil y haberlo admirado con anterioridad a su fichaje jugaba en mi favor. Como tantos y tantos aficionados, yo también había disfrutado con la actuación de Sotil en el nunca superado Mundial de México de 1970. Entonces formaba parte de la prodigiosa selección peruana, multirracial y talentosa, de los Cubillas y compañía (la selección que inspira la novela *La pena máxima*, de Santiago Roncagliolo, que incluye una descripción memorable de la celebración de un gol: «Las casas de Barrios Altos despertaron con un bramido ensordecedor. Se oyeron muebles golpeando contra el suelo, aplausos y, sobre todo, el grito de gol, una sola voz, por todas partes, como si tronase en el cielo»). La llegada de Cruyff podría haber oscurecido la figura de Sotil, pero, en cambio, diría que el gran secreto de aquella temporada fue, en buena medida, la química y la física que se estableció entre ambos. Del mismo modo que en la vida sentimental tenemos grandes amores incontrovertibles, la biografía futbolística de un aficionado también establece una jerarquía de momentos álgidos. El mío es, con diferencia, la temporada 1973-1974. Poder ver a Cruyff y a Sotil en el mismo equipo, cada quince días, en directo, condicionó mi percepción del fútbol (y probablemente de otras formas de actividad artística). La sincronización entre los dos jugadores propició situaciones de una geometría psicodélica y alucinógena. Diagonales del holandés, desmarques de Sotil, que arrastraba a dos o tres defensas y creaba espacios aparentemente inexistentes para que Marcial, Asensi, Rexach o Juan Carlos participaran en una estrategia ofensiva total. Aquella temporada gloriosa terminó con un lío administrativo. La promesa de ampliar el número de extranjeros aceleró el fichaje de Johan Neeskens, pero la maquinaria burocrática federativa franquista se sacó de la manga un bloqueo insólito. Sotil no podía jugar y la temporada 1974-1975 comenzó con el dúo de holandeses que acababa de perder, injustamente, la final del Mundial en Alemania. Ahora ya puedo decirlo sin rodeos: fue un momento crítico en las relaciones entre Holanda y yo. Tenía catorce años y, por pura ignorancia y fiándome del sensacionalismo simplificador de los titulares, lo interpreté como una declaración de guerra. Debo admitir que ha sido el único momento de mi vida en que he dudado de Cruyff hasta el extremo de renegar de parte de su aureola. El peligro de las idolatrías es que con la misma facilidad con que elevamos a los idolatrados los hacemos caer de los pedestales. Por suerte fue solo una temporada, pero produjo daños colaterales. Por ejemplo, nunca acepté la llegada de Neeskens ni hice ningún esfuerzo por valorar sus

virtudes. ¿Neeskens? Cruz y raya. Con una disciplina que en ocasiones me obligaba a negar las evidencias, me resistí a sentir cariño por él. Durante los partidos, practicaba una especie de vudú mental privado para que se lesionara gravemente (esto facilitaría el retorno de Sotil) o fallase. No lo acepté como un jugador legítimo de la plantilla, sino como la consecuencia de un golpe de Estado burocrático fruto de una conspiración holandesa. Esta negación todavía perdura y no tengo claro qué haría si alguna vez encontrara a Neeskens haciendo autostop bajo la lluvia en una carretera perdida y tuviese la oportunidad de dejarlo subir a mi coche. A Sotil, en cambio, no solo le invitaría a subir, sino que le abrazaría, le compraría ropa seca, le pagaría la cena y le obligaría a contarme las mejores anécdotas de su vida deportiva. No conocer las razones objetivas de esa lamentable situación, que tanto perjudicó al Barça, me generó un sentimiento compensatorio: una devoción por Sotil que iba más allá del fútbol, una solidaridad humanitaria con el jugador excluido por la mafia holandesa, el pariente repudiado, víctima de una discriminación que, contagiado por la retórica intemacionalista y de clase que circulaba por mi casa, atribuí a la victoria intolerable del capitalismo occidental sobre la causa de los indígenas oprimidos.

Sotil no asimiló el paso de la máxima gloria («¡Mamita, campeonamos!») a la inactividad obligada. Comenzaron a circular historias sobre su alcoholismo, la soledad y las condiciones primarias de vida, la facilidad y la irresponsabilidad con que era capaz de comprarse un Ferrari, dejarse estafar o dilapidar los salarios que no le dejaban ganarse honradamente sobre el césped. Pícaro o borracho, noctámbulo o bohemio, demasiado gordo o insomne, abundaban los rumores que, por casualidad, acabaron desembocando cerca de mi casa. Vivíamos en la calle Casanova, frente al mercado del Ninot, entre las calles Mallorca y Provenza. Unos metros más abajo, en la calle Valencia, había un pequeño bar, El Cisne, regentado por un peruano. Por las corrientes típicas de los barrios, que hacen circular las informaciones que de verdad interesan pero que nadie puede confirmar de manera rigurosa, me llegó que Sotil se dejaba caer a menudo por allí. Para comprobarlo, establecí turnos de vigilancia improvisados para tratar de verlo. Pasé muchas horas delante de El Cisne, observando la fisonomía melancólica y enorme del propietario y de su perro, una bestia pasiva, de pelo negro y reluciente, que envejecía a la misma velocidad que engordaba, y constatando la escasa actividad económica del local. El dispositivo de vigilancia tuvo una recompensa perfectamente descriptible: solo vi a Sotil una vez, saliendo del bar, con una sonrisa aparentemente feliz. Aquella imagen contradecía los

rumores que la inquina del barrio había hecho correr. Sotil en el suelo. Sotil completamente borracho. Sotil peleándose con un cliente. Sotil con dos prostitutas. Sotil lanzando billetes como si fueran confeti. Sotil haciendo largos monólogos étlicos con un único espectador: el perro. En mi inexperiencia, valoraba mucho más los elementos sensacionalistas de las versiones indirectas que la imagen impoluta e incluso aburrida que me había transmitido aquel Sotil de verdad, en plenitud de facultades y, aparentemente, inmune a la ignominia de la inactividad forzosa.

Sotil perdió la batalla burocrática contra Holanda y tuvo que irse. El Barça lo pagó muy caro, con unos años de fútbol extraño y lleno de insatisfacciones y con un Neeskens que, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, consiguió robar el corazón de todos los culés. Todos, salvo el mío, que mantiene, como una prueba de fidelidad a Sotil, la orden de alejamiento dictada contra el holandés. A distancia, el eco de la vida de Sotil llegaba con una mezcla de rumores y noticias. El fantasma del alcoholismo se mantenía, pero, a medida que pasaban los años, se incorporaban al relato otros hechos más documentados e incontrovertibles. De entrada, la devoción de Sotil por Cruyff y por el Barça, que desmentían los fantasmas de la enemistad y el rencor. Al oír declaraciones en las que el peruano afirmaba «Cuando muera, quiero que me entierren con la camiseta del Barça», me emocionaba. O cuando hablaba de su hijo Johan. O cuando contaba que trabajaba como taxista. O que había conseguido superar la adicción al alcohol a través de una fe indígena vagamente chamánica. O cuando, para ganarse cuatro reales, aparecía en el anuncio de promoción de un mecánico de Lima, con una sórdida gorra publicitaria, devastado por el paso del tiempo pero manteniendo esa luz de delantero pícaro y sabio de una delantera eterna y prodigiosa. Más tarde, tuve la oportunidad de hablar con Cruyff sobre Sotil. La expresión se le iluminaba y recordaba cómo, en el vestuario, cuando lo veían descalzo, decían que los pies del peruano parecían llevar ya las botas incorporadas. O explicaba que había oído que hacía saques de honor en un estadio o en otro. O que Ángel Mur debía dosificarle el consumo de frijoles para frenar su tendencia a engordar. Cruyff hablaba con el respeto y la amistad de quien, aunque no lo dijera abiertamente, nunca tuvo un socio tan brillante, eficaz y generoso como Sotil. Cruyff y Sotil: difícilmente encontraremos en la historia del fútbol una pareja de jugadores tan compenetrados. (Información adicional: El Cisne cerró, pero cada vez que paso por delante del local miro al interior, por si acaso).

El silencio

Lo oiréis decir: «El público del Camp Nou no anima», o «Los “tribuneros” se comportan como si estuvieran en el Liceo». Los tópicos se repiten de padres a hijos. En los momentos de buen juego y de máximo esplendor del equipo, cuando la opulencia nos sale por las orejas, las lamentaciones se consolidan y alimentan el discurso de la renovación y del cambio. Se habla de gradas de animación, de la necesidad de introducir cánticos sistematizados, de intervenir en la actitud del público y del deseo, manifestado sin pudor, de que el Camp Nou se acabe pareciendo al Palau Blaugrana o a los legendarios campos ingleses, escoceses, turcos, serbios y griegos en los que las gradas no paran de berrear, intimidar y cantar. Este discurso, tan propio de la propaganda autodestructiva, como que el buen barcelonista no cena cuando el equipo pierde o que amenaza con romper el carné cuando se irrita, se mantiene a pesar de las evidencias. Hablemos claro: por lo general, el culé debe cenar antes de saber si el equipo perderá o no, porque, hoy en día, la mitad de los partidos que juega durante la temporada son a horas televisivamente intempestivas y, desde el punto de vista dietético, irracionales. En cuanto al carné, ya hace tiempo que el socio solo podría romperlo de una manera metafórica o bien, literalmente, con unas tijeras de calibre considerable porque, desde varias décadas atrás, tiene la consistencia, sintomática, de una tarjeta de crédito.

Antes de continuar con esta reflexión sobre la animación, el silencio y el ruido, quiero dejar muy claro que el día en que el Camp Nou se convierta en el Palau Blaugrana, no volveré a poner los pies en él y enterraré cualquier esperanza de vivir en un mundo civilizado. En cuanto al famoso silencio que tanto perjudica a nuestro equipo, es una media verdad muy discutible. ¡Ojalá se pudieran vivir largos ratos de silencio en el Camp Nou! En los minutos previos, y desde la reconversión de los patrocinios iniciada durante el primer mandato del presidente Laporta, se entendió que el tiempo de espera previo debía ser explotado comercialmente y, de paso, ensordecer a los aficionados con anuncios estrepitosos. Era un peaje económico que, por el bien del club, los aficionados asumieron. La tradición de la charla previa y del reencuentro a pie de asiento o en los pasillos fue víctima de un tsunami sonoro que impedía

preservar uno de los hábitos más enriquecedores de la sociabilidad y la educación sentimental culés. Después, confirmando que toda situación es susceptible de empeorar, alguna mente brillante decidió incorporar la figura del *speaker*. El *speaker* es un elemento estridente importado del baloncesto y que, incomprensiblemente, todavía se mantiene. Este injerto tóxico del baloncesto en el fútbol es nefasto. Hay clubes de fútbol que no solo lo han incorporado para animar la previa y las medias partes, sino que, durante el partido, le permiten intervenir con bramidos que nos informan, en un tono que nos degrada como individuos y como tribu, de quién ha marcado el gol que estamos celebrando. Aparte de la tendencia a interpretar el fútbol a través de las estadísticas y de haber convertido un concepto tan fundacional del fútbol como el *pase* en una sobrevenida *asistencia*, también se quieren incorporar características del público baloncestista, acostumbrado a todo tipo de contaminación acústica en forma de bocinas insoportables y a hábitos tan lamentables como que se tenga que informar por los altavoces de quién ha marcado los puntos, pues se debe considerar que los aficionados no son lo suficientemente inteligentes o no están lo bastante informados como para darse cuenta sin ayuda. La banda sonora de un partido de baloncesto, en el Palau Blaugrana o en China, es una tortura. Muchos culés lo sabemos y procuramos no acercarnos al Palau por nada del mundo. Cada uno en su casa. Esto no significa que no seamos respetuosos con los culés que sí van. Ni que podamos entender que, ante un espectáculo tan pintoresco como el baloncesto, la reacción más coherente sea ponerse a berrear, a gritar y quedarte sordo con un entusiasmo sistemático y, probablemente, compensatorio, mientras esperamos a que la salida de las *cheerleaders* nos alegre un poco la tarde. Por eso, algunos culés no organizados aún como corriente de opinión lamentamos que, con una arrogancia sacrilega y un orgullo renovador que roza la intimidación, se intente baloncestizar cada vez más el Camp Nou e incluso se acepte que los jugadores impongan privilegios como elegir la música discotequera que suena por la megafonía durante el calentamiento (un capricho que debe pretender aislarlos de cualquier manifestación crítica de la grada). Quien quiera ruido permanente y sin matices que vaya al Palau y se sumerja en ese océano de alboroto incontinente. Quien quiera sensibilidad y expectación, evolución narrativa a través del sonido, grandeza y reactividad que valore lo que, a pesar de todo lo que se dice, ofrece el Camp Nou.

No me molesta afirmar que, de todos los campos de fútbol en los que he estado, el ambiente sonoro que más me gusta es el del Camp Nou. En los

primeros partidos que tuve la suerte de ver en este estadio, una de las cosas que más me maravilló fue que se pudiera escuchar, con una nitidez casi paranormal, el sonido del balón y establecer, como dicen que hacía Tito Vilanova en los entrenamientos, la calidad técnica del juego y de los jugadores simplemente a través de los matices que desprendían la sutileza o la contundencia del sonido del toque. Pero los silencios contenían otras informaciones, y no eran nunca uniformes. En ocasiones, los silencios eran la antítesis de un mal presagio. En otros momentos, definían la pausa dramática previa a una manifestación de éxtasis o a la certeza de una catástrofe. A veces eran silencios de duelo, o una alternativa a la indignación. En ocasiones, había que partir del silencio para imponer el trueno de unos ánimos continuados, tan expresivos como los que siempre se manifiestan cuando el equipo juega contra el Madrid o participa en eliminatorias avanzadas. Las malas lenguas siempre han preferido menospreciar a la grada y hacer creer que son unos insensibles de una pasividad aristocrática y monstruosa. Y es cierto que, en muchos momentos de estos primeros años, el público animaba poco. Pero se debía a que el equipo no merecía otra cosa. ¿A qué aficionado mínimamente responsable se le ocurriría animar a Bogarde o a Zenden? Y la vieja afirmación, convertida en tópico esclerótico, dejó de ser válida: a) durante los años del Dream Team, y b) a partir del primer año de Laporta hasta hoy. El equilibrio entre ratos minoritarios de silencio y animación no fanática es, para mi gusto, idóneo para un partido de fútbol. Y eso no significa que no entienda y admire la constancia de la afición del Liverpool o del Celtic y, si me tomo tres o cuatro cervezas, también pueda conmovirme con el *You never walk alone*. Pero, hablando con franqueza, ¿os imagináis tener que actuar con semejantes solemnidad y compromiso siempre, en cualquier circunstancia, independientemente del juego? Y, desde un punto de vista filosófico, ¿no es mejor preservar los vínculos reactivos meritocráticos, en vez de situarse en un estadio de fanatismo incondicional y acrítico? A mí dadme la sutileza del toque de balón cuando el Camp Nou espera, con todos los sentidos concentrados en la complejidad del juego y en silencio, a que la jugada evolucione hacia quién sabe qué. Esta sensación de inminencia no tiene precio. Es tan excepcional que no permite hacer nada más. La animación del Camp Nou siempre transmite una lógica de acción-reacción. En momentos de debilidad, recompensa la intención en vez de criminalizar el error. En momentos de arrogancia, es severa con los teatreros y fiscaliza la reiteración en la falta de concentración. Y si alguna vez es mezquina, se debe a que el equipo también lo es. De manera testimonial, el público reparte los cánticos

de animación sin caer en la afonía ética ni en las avalanchas de testosterona indiscriminada y continua que admiramos para no vernos obligados a admitir que, en realidad, nos dan: a) miedo, o b) pereza. Y es una lástima que no sepamos preservar nuestro respeto al silencio en momentos que deberían ser de un mutismo unánime. Que, por ejemplo, no sepamos respetar los minutos de silencio (ni siquiera en el homenaje a Vilanova: hubo cuatro hiperventilados que tuvieron que gritar «¡Ánimo, Tito!» y profirieron otros berridos tribales y ególatras). Al respecto, me gustaría añadir lo que me comentó Jordi Cornudella, el hombre que le regaló la camiseta de Iván de la Peña a mi hijo y que lo libró de la influencia madridista: «Los minutos de silencio, por definición, deberían ser de silencio. Hace muchos años (supongo que para evitar los alaridos ególatras de los descerebrados de costumbre) se les ocurrió llenarlos con la trompeta de Rudy Ventura o de no sé quién, tocada en directo; algunos días desafinaba como un condenado y decidieron que la solución era poner música enlatada. Y no se les ocurre otra que poner un fragmento de *El cant dels ocells* tocado al violonchelo, que es un triple disparate porque: a) no dura un minuto, sino menos (no lo he contado, pero estoy seguro); b) ni siquiera tuvieron la decencia de escoger una frase musical entera —el fragmento que emiten acaba truncado, a media frase; y c) en la tradición viva, *El cant dels ocells* es una canción tradicional navideña, nada fúnebre, que celebra el nacimiento del Niño Jesús, y no la muerte de alguien. En el Camp Nou la música en el minuto de silencio es un contrasentido aún mayor que en cualquier otra parte. Nos quieren callar como si fuéramos una turba de *hooligans* borrachos, olvidando que los culés, si tenemos un rasgo característico como público, es que sabemos callar de una manera significativa mejor que nadie».

En muchos momentos, la actitud del público del Camp Nou ha sido extraordinaria, precisamente porque ha sabido animar cuando se le suponía una pasividad enfermiza que, en realidad, no tiene precio. ¿Por qué? Porque acepta con resignación arrastrar esta mala fama como una forma de motivación para continuar desplegando momentos de un silencio que debería ser interpretado no como lo que parece, sino como lo que es. Un silencio que es un tesoro identitario y la manera más directa y eficaz de expresar el respeto por el club, por el equipo, por los jugadores y, sobre todo, por el balón.

El ruido en sentido literal y metafórico

Contra el silencio, ruido. Ya hemos hablado del estilo sonoro de la afición culé y de la acústica del Camp Nou. En los últimos años, se ha producido un fenómeno que ha modificado la conducta de la grada. Se han ganado tantos títulos y se ha jugado tan bien que el público ha desarrollado nuevos hábitos. En el lado positivo, conviene subrayar el acierto de un cántico estrenado en marzo de 2006, después de que José Mourinho, como consecuencia de un partido de eliminatoria de Champions contra el Chelsea jugado en Stamford Bridge, sintiera la necesidad de criticar los gestos de Messi en el momento de recibir una entrada asesina de Del Horno. Mourinho alabó las aptitudes teatrales de Messi y, recordando sus tiempos en Barcelona, afirmó que era la capital del «teatro del bueno». Los aficionados no olvidaron el comentario. En el partido de vuelta en el Camp Nou, cuando Mourinho salió del banquillo para dar instrucciones a sus jugadores, la grada reaccionó. Como un solo hombre, le cantó, con la melodía de *Guantanamera*, «Vete al teatro, Mourinho vete al teatro. Vete al teatro, Mourinho vete al teatro». Fue un gran momento de clamor colectivo, cargado de ironía y sarcasmo pero expresado dentro de unos límites de respeto y creatividad. (El cántico fue retomado en noviembre de 2010, el día que el Madrid perdió 5-0 en el Camp Nou. Consternado por el baño de fútbol, Mourinho no se movió del banquillo hasta que el público, también con la melodía de *Guantanamera*, le cantó: «Sal del banquillo, Mourinho sal del banquillo...»). Cuando la afición actúa así, el espectáculo es fantástico, a diferencia de cuando repite insultos a los portugueses o abuchea (por suerte, cada vez menos) a un jugador rival por ser negro. Otra consecuencia del éxito, sin embargo, es que en ocasiones el equipo gana por una diferencia de goles notable cuando todavía falta bastante para que el partido acabe. Y entonces, como una alternativa monstruosa al aburrimiento o a la pasividad, el Camp Nou decide, ay, hacer la ola. No la hacen antes o después del partido. No la hacen en momentos de espera, en el intermedio o cuando el juego está detenido. No. Hacen la ola cuando el partido se está jugando. Es una manera de desconectar del juego, de entretenerse con un pasatiempo. El mensaje que se transmite con esta aberración puede interpretarse, como mínimo, de dos maneras: a) como un

acto de naturaleza eufórica, una manifestación de alegría que tiene el aliciente de cohesionar la grada a través de una misma coreografía; o b) como una falta de respeto por nuestros jugadores, que continúan jugando, y, sobre todo, por el rival. Un día, impulsado por estas olas espontáneas que siempre nacen en momentos de opulencia goleadora, algún rival decidirá romperle la pierna a una de nuestras estrellas y entonces entenderemos el grado de peligrosidad y provocación de un hábito que, por dignidad pero también por interés, deberíamos ahorrarnos. El otro defecto de esta costumbre es que hace proselitismo de una idea de reacción homogénea que nos infantiliza y cercena la riqueza de matices de la diversidad emocional del Camp Nou.

La opulencia y la alegría de los mejores años de nuestra vida como culés también han hecho que no sepamos cómo reaccionar cuando las cosas van mal. Por suerte, cuando el equipo ha necesitado los ánimos de la grada en una eliminatoria difícil, el Camp Nou ha sabido encontrar, por intuición, el tono adecuado. Pero, si alguna vez vuelven los momentos absurdos o esperpénticos, tendremos que revisar las pañoladas de los tiempos de Gaspart o aquellas tardes amargas que acababan con un lanzamiento masivo de almohadillas. Los elementos que constituían aquella banda sonora eran el abucheo, el grito, el insulto, la pitada y una acritud entrenada a base de reiteración, de la cual ya no se sabía cuándo se expresaba al amparo de la razón, o cuándo era un tic victimista y autodestructivo. Alguien podría pensar que la opulencia nos hace más débiles frente a posibles adversidades, pero opino que sucede todo lo contrario. Gracias a las alegrías de los últimos años, soportaremos mejor, y con un nuevo espíritu y una nueva musculatura anímica, los obstáculos que puedan surgir.

El ruido metafórico, en cambio, puede ser sibilino, venenoso y silencioso. En general, definimos como ruido el estruendo provocado por los diferentes canales de opinión pública y publicada relacionados con el Barça. En este sector, la inflación ha sido brutal. La atención y el seguimiento mediáticos se han multiplicado tanto, que la realidad de los noventa minutos de partido se percibe cada vez más a través del énfasis de las previas y de los debates, alargados hasta el infinito, posteriores al partido. La relación entre la intensidad del ruido y la causa que lo provoca no siempre es lógica. Cuando no hay competición, los medios de comunicación, que basan una parte de su oferta en el seguimiento de la actualidad barcelonista, deben trabajar sin el elemento clave de la materia prima habitual. Por esta razón, hay géneros periodísticos que en teoría ayudan a compensar esta falta de noticias. Las discusiones interminables y metafísicas sobre quién debe ganar el Balón de

Oro, por ejemplo. O las semanas del mercado de fichajes, que instauran una especie de carta blanca de la especulación que permite acumular, con total impunidad, rumores de todo tipo y listas de candidatos a ser comprados o vendidos realmente creativas. Cuando el club vive una bonanza de resultados, el ruido interfiere de manera relativa. Es cierto que el Barça siempre encuentra el modo de alternar las turbulencias deportivas y las institucionales. En el mundo del fútbol hay aficiones especialmente movilizadas que también han creado un seguimiento monstruoso del día a día, del minuto a minuto y, cada vez más, del segundo a segundo. Los corresponsales que han seguido a la selección brasileña en las concentraciones previas a los campeonatos mundiales siempre explican que el nivel de proximidad y de presión de la prensa es asfixiante, delirante y, probablemente, ilegal. La ficción y la realidad que ese periodismo alimenta son, en general, futbolísticas. Pero en el Barça tiene una característica singular. La actividad institucional es tan intensa, y ayuda tanto a alimentar la maquinaria de la polémica, que se ha convertido en uno de los grandes proveedores de noticias y rumores y, quizá sin proponérselo, ha creado dependencias de las que difícilmente podríamos curarnos en una clínica de desintoxicación. Hay tantas páginas de periódico, tantas horas de radio y de televisión por llenar que la estricta actividad futbolística solo cubriría una parte del consumo. Con los años, esto ha convertido a muchos culés en expertos en cuestiones jurídicas, económicas, mercadotécnicas y médicas que jamás habrían imaginado que les interesarían. Es cierto que una parte importante de los seguidores vive al margen de este universo paralelo. Pero los que cometimos el error de seguirlo desde que tenemos uso de razón hemos desarrollado tics conspiradores y poderes interpretativos que van mucho más allá de la sensatez y la prudencia. Tal vez no lo confesemos en voz alta, pero llega un momento en que, puestos a elegir entre un partido de Copa intrascendente y una buena discusión sobre Oriol Giralt o Jordi Casas, no tenemos la menor duda. Yo he participado en tertulias en mitad de la calle, de madrugada, en lugares castigados por el viento, hablando, en un tono que hacía peligrar algunas constantes vitales, de Núñez o de Laporta, de la conspiración de los unos o de la querrela de los otros, con una vehemencia paranormal. Cualquier persona no barcelonista que, de lejos, nos hubiese visto discutir habría pensado que vivíamos un momento desagradable y difícil. Tal vez, incluso, habría pensado en intervenir para separarnos de una pelea inminente. Pero habría sido una impresión errónea porque ni sufríamos ni atravesábamos un momento desagradable. Al contrario: nos revolcábamos en las aguas sépticas del club, alternando

rumores sobre demandas y contrademandas, especulando sobre alianzas electorales bastardas, discrepando de decisiones que, en otros clubes, se toman y se acatan sin la menor discusión. A menudo, este ruido se entiende como un obstáculo y, objetivamente, puede que lo sea. Si introducimos dentro de un ordenador todos los elementos de discusión extra deportiva que genera el club, todos los rumores y las inexactitudes que justifican horas de opinión, el ordenador se colapsaría o dictaminaría que no tienen ningún sentido. Pero, en la realidad y en el mundo del factor humano, este circo ruidoso, que Cruyff bautizó como «el entorno», tiene un encanto, una mezquindad y unos abismos de cotilleo irresistibles. Realmente se ha convertido en un monstruo de proporciones godzilescas, sobre todo desde que el liderazgo en el estilo de comunicación de este universo paralelo está en manos de informadores deportivos de Madrid (y, a menudo, *del* Madrid). Aunque tengan similitudes aparentes, los estilos informativos de Madrid y Barcelona son diferentes y se han desarrollado a partir de una identidad propia. Pero, de forma inevitable, el aprendizaje mediático, la jerarquía de los referentes y la influencia de los altavoces más potentes han interferido en una evolución controlada de dos culturas periodísticas relacionadas con el deporte que cada vez están más entremezcladas. Hoy en día, la inmediatez y el sensacionalismo perjudican la calidad de la información. Y la competitividad entre grupos de comunicación los genera en una cantidad perjudicial, porque fomenta una multiplicación que no enriquece el panorama informativo en cuanto a diversidad, sino que, de manera indiscriminada, clona los estereotipos, los tonos e incluso los modos de vivir el deporte.

La importancia de los mensajeros

En un principio, la mayoría de los culés se contaban los partidos del Barça sin haberlos visto. El éxito de las tertulias de Canaletas (los seguidores culés se reúnen allí, a la altura de la famosa fuente, para discutir y comentar todo lo relacionado con el club) se basaba precisamente en haber convertido esta parte de la Rambla en una fuente de información directa. Resultados, detalles, polémicas, el intercambio de comentarios acababa creando un relato que, el día después de los partidos, coincidía más o menos con lo que recogían las crónicas de los periódicos. Hoy en día, el conocimiento detallado de la actualidad del fútbol y la facilidad de acceso a los partidos son tan multitudinarios e instantáneos que los narradores no pueden permitirse demasiadas licencias. Por eso se subrayan tanto las cuestiones emocionales y se exageran las anécdotas como una especie de dopaje narrativo. La falta de información se compensa con el sensacionalismo y con una reiteración cacofónica, pero, por suerte, este no es el único camino posible. Se editan revistas que tratan el fútbol con una delicadeza informativa y una sensibilidad cultural impensable hace solo veinte años y abundan los reportajes y las películas especializadas de calidad. La supremacía televisiva no ha acabado con el relato de la prensa o con la aportación vibrante de las radios. En el libro *Los once de la tribu*, Juan Villoro escribe: «Narrar un partido es reinventarlo». A partir de esta verdad difícil de rebatir, cualquier análisis honesto del relato del Barça moderno deberá tener en cuenta el trabajo de reinención de Joaquim María Puyal y sus cuarenta años de retransmisiones radiofónicas en catalán. Es un trabajo monumental que, por acumulación, puede hacernos caer en la tentación de desatender la riqueza de matices evolutivos que implica haberse adaptado a cada momento sin perder nunca de vista ni la lealtad a la mejor tradición radiofónica barcelonista (que, por razones históricas y políticas, había sido en castellano) ni la inquietud por no caer en una fórmula cerrada y artificial.

La aportación de Puyal incluye un lenguaje propio que no se conforma con soluciones populistas pero tampoco con arcaísmos anacrónicos. Y la prueba de que estos cuarenta años de Puyal no son uniformes es que el fútbol en catalán no siempre lo ha tomado como referencia, sino que a menudo ha

preferido calcar el estilo de retransmisión, más vocinglero y estridente, de las radios españolas o sudamericanas. Puyal ha inventado una manera propia de explicar el fútbol, pero ha tenido el privilegio de hacerlo con un solo club. En la galaxia periodística, esta exclusividad no debe de ser habitual y, con los años, las inflexiones de voz, los hallazgos de vocabulario, el uso particular de las metáforas y una fragmentación polifónica deliberada han acompañado un relato que debía ser simultáneamente informativo y entretenido. Cada afición tiene sus grandes momentos narrativos. Argentina no olvidará nunca la retransmisión de Víctor Hugo Morales del partido contra Inglaterra — Mundial de México, 1986— en el que Maradona obligó al narrador a inventarse una retórica pirotécnica: «La va a tocar para Diego: ahí la tiene Maradona; lo marcan dos, pisa la pelota Maradona. Arranca por la derecha el genio de fútbol mundial, y deja el tercero ¡y va a tocar para Burruchaga! Siempre Maradona... ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! Ta-ta-ta-ta-ta-ta... ¡Goooooolll! ¡Goooooolll! ¡Quiero llorar! ¡Dios santo! ¡Viva el fútbol! ¡Golaazo! ¡Diegooooo! ¡Maradoona! ¡Es para llorar, perdónenme! Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos, barrilete cósmico, ¿de qué planeta viniste? Para dejar en el camino a tanto inglés, para que el país sea un puño apretado, gritando por Argentina... Argentina, dos; Inglaterra, cero. ¡Die-gol, Die-gol, Diego Armando Maradona! Gracias, Dios, por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este... Argentina dos, Inglaterra cero». Y, muchos años más tarde, en 2007, Puyal recupera ese gol de Maradona a través del gol de Leo Messi contra el Getafe («Messi, *Messi*, *i més*, *i més*, *i més*... *i més Messi!*») y conecta dos realidades simultáneas, la de la hazaña futbolística sobrenatural y la de una intensidad en el relato susceptible de pasar, como la de Morales, a la posteridad.

La época de Maradona en el Barça quedó oscurecida por la decadencia posterior del futbolista, pero también por una sensación inconfesable de no haber sabido integrar un talento tan salvaje en una estructura de club tan previsible y reaccionaria como la de aquella época. Sobre el gol de Maradona contra Inglaterra en los cuartos de final del Mundial de México se ha escrito mucho, pero me gustan especialmente unas líneas de Gustavo Bernstein, en su libro *Maradona, iconografía de la patria*, donde dice cosas que, en parte, también podrían aplicarse a unos cuantos goles de Messi: «El segundo gol es un canto al egoísmo, una exaltación de la arrogancia, un homenaje a la omnipotencia humana. En el deporte colectivo por excelencia, un único hombre decidió eludir a todo el equipo contrario y acometer semejante faena.

[...] Quien acomete tal empresa es un cruzado. Su acción no se sustenta en la vanidad. Ésta constituye un aditamento menor. Su verdadera esencia es mesiánica. No puede ser de otro modo. Todo milagro exige un acto de fe. Así fue».

Pero volvamos al relato en catalán de las hazañas barcelonistas. ¿Existía una manera de escribir y de hablar de fútbol y del Barça en catalán? Antes de la guerra, desde luego que sí. En enero de 1933, después de que se anunciase que Josep Samitier dejaba el Barça para fichar por el Real Madrid, Josep María Planes escribió en *Mirador*: «Yo no sé si Samitier daba en el campo de juego todo el rendimiento que podía exigírsele; lo que puedo asegurar es que este muchacho era una especie de monumento viviente de la gloria del Fútbol Club. Barcelona. Era un artista, en la acepción más pura de la palabra, y tenía toda la gracia y todos los defectos que cría el benévolo suelo de nuestro país. Samitier, por un lado, y Zamora, por el otro, crearon un estilo, una escuela personalísima de buen fútbol, una escuela en la que en ocasiones se sacrificaba al arte y a la fantasía la sólida y gris eficacia. No hay ninguna necesidad de ponerse lírico para decir que estos dos jugadores inventaron de pies a cabeza una *manera* mediterránea de jugar al fútbol». Cinco años antes, en 1928, en *La Publicitat*, Josep María de Sagarra sí sintió la necesidad de ponerse lírico tras una victoria del Barça. El artículo se titulaba «Meditació blaugrana» y, en el primer párrafo, Sagarra cuenta que escribía con una botella de ron de Jamaica sobre la mesa. Esto quizá explique la emoción y el apasionamiento de algunas líneas: «El Barcelona es campeón; ya lo ha sido en otras ocasiones; el Barcelona es un club de fútbol; es una cosa de hombres, y de intereses materiales y de intereses de todo tipo. ¡Ya lo sabemos, señores, ya lo sabemos! Pero el Barcelona es algo más: es el azul y el rojo; y la vibración de este azul y este rojo la aportamos nosotros».

Esplendor y ruina de las premoniciones

Las premoniciones forman parte de la psicología culé. Antiguamente, solían ser premoniciones negativas y vergonzosas, tan indignas que algunos culés preferían no manifestarlas y silenciarlas, con consecuencias psicosomáticas: pérdida del apetito, mal humor, palidez o irritaciones cutáneas. Las razones de esta fatalidad en los presagios eran múltiples. Siempre que un culé se atrevía a proyectarse hacia el futuro con cierto optimismo, la realidad se imponía en forma de batacazo, fracaso o catástrofe sobrevenida. Los que vivieron el Barça de las cinco copas hablan de una pausa feliz. Una pausa que, a pesar del color sepia de la época, les permitió ser culés y asimilar una confianza que, de domingo en domingo, superaba todas las adversidades, incluso la resaca de una posguerra difícil. La aportación de aquel Barça a la psicología barcelonista se suele menospreciar por desconocimiento o por pereza. Sin embargo, del mismo modo que, con razón, se destaca la aportación de Cruyff o, décadas más tarde, de Ronaldinho a la autoestima colectiva, debería valorarse el papel de Kubala no solo como promotor urbanístico del Camp Nou, sino como referente de un nuevo estado de ánimo. También es verdad que, para la época, la interpretación de esta autoestima no era ni de lejos la misma que vivimos hoy. La presencia de un hálito religioso, por ejemplo, era constante. Y que las victorias se celebraran en basílicas, catedrales y monasterios no era una casualidad, sino la consecuencia de una devoción inducida que, en el caso del Barça de las cinco copas, era multinacional y subrayaba la espiritualidad de un Kubala convertido por la propaganda del régimen en antídoto del veneno comunista y ateo. En aquella época, las referencias a la fe eran constantes.

Los visitantes del Camp Nou harían bien en aprovechar el desplazamiento para pasear un rato por el cementerio de Les Corts. Tiene una estructura accesible, clásica, tranquila y reconforta comprobar que consigue el tipo de aislamiento adecuado a aquel entorno. De pasillo en pasillo, se llega al nicho 625. Sobre la lápida, una cruz católica, a la izquierda, y una inscripción en catalán: «Família Kubala». Y, en letra más pequeña, el detalle personalizado: «Ladislao Kubala i Stecz, 10-6-1927, 17-5-2002». Como ocurre con tantas tumbas, que confirman el abismo entre la atención que suscita la vida y la que

provoca la muerte, la primera impresión es algo decepcionante. Dos ramos de flores marchitas y, haciendo equilibrios en uno de los rebordes de la lápida, una imagen pequeña de la Virgen de Montserrat, de plástico, probablemente seleccionada en el muestrario de una tienda *kitsch* de artículos religiosos. Las posibilidades de que Kubala hubiera sido una excepción definitiva en la historia culé eran reales. Pero, por suerte, y a pesar de los largos períodos de sequía posteriores, el esplendor de su juego y el carisma del vínculo que estableció con la afición permitieron compensar la precariedad de títulos y las constantes humillaciones más o menos inducidas. Entre Kubala y Cruyff, los grandes jugadores del Barça no llegan a crear movilizaciones susceptibles de perdurar en el escaparate de la posteridad. La gloria, que existe, tiene una onda expansiva más modesta y se reparte en pequeñas dosis y en heroicidades en miniatura. En estos años de fútbol sin títulos, la grandeza de Kubala actúa como un refugio retrospectivo. En días especialmente tristes o decepcionantes, los culés más veteranos le cuentan a los jóvenes quién fue y cómo jugaba. La nostalgia es un tren que siempre está a disposición de los culés más sentimentales. La canción que Joan Manuel Serrat le dedicó resume la esencia de aquella pasión, pero no profundiza en la rabia o en la pereza que a muchos culés jóvenes les provocaba oír hablar, en todo momento y como el enésimo recurso de la batallita, del húngaro. En el siglo XXI, la hegemonía del éxito aísla cada vez más el eco de Kubala. Las cosas cambiaron hasta el punto de que un presidente insólitamente joven prometió que él y sus compañeros de directiva dedicarían los mejores años de su vida a hacer un Barça ganador y admirado en todo el mundo. Sobre el papel, y teniendo en cuenta el contexto decadente del momento, parecía una afirmación temeraria, la típica bravuconada lanzada por un bocazas en la barra del bar. Pero fue verdad. Y los que tuvieron el privilegio de vivir aquellos años con plenitud pudieron constatar cómo los mejores años de la vida de Laporta y de sus directivos entraban en combustión con resultados espléndidos y memorables, incluido el espectáculo, triste pero coherente con la grandeza de todo lo demás, de las escisiones y dimisiones fraticidas y de los giros argumentales de una historia que todavía dura. La frase de Laporta fue una premonición de alcance corporativo, un deseo pronunciado con la voluntad de encarnarse en consigna. El resultado es que, aunque el Barça de Kubala pertenece a la memoria de los abuelos, en una misma sobremesa familiar barcelonista hoy se puede producir una situación insólita: que tres generaciones de aficionados discutan animadamente sobre cuál de sus tres Barças fue el mejor. Es un caso de opulencia casi vergonzante que también ha tenido consecuencias en el espíritu

de las premoniciones. En estos años de gloria que van desde 2003 hasta hoy, nos hemos hartado de ver a culés jóvenes y no tan jóvenes afirmar, a medio partido, que estaban convencidos de que íbamos a ganar o, con un marcador adverso, remontaríamos. También es verdad que, en paralelo, detectábamos la presencia de otra escuela de pensamiento, que el radiofonista Jordi Basté denomina «la de los levanta-recopas». En realidad, se trata de una expresión más optimista de lo que parece, porque algunos nos formamos en un tiempo en el cual ¡qué más hubiéramos querido que levantar recopas! Que se consiga que una premonición incontrolable tienda al optimismo y a la confianza es un milagro. Precisamente por ello, muchos culés opinan que es un sentimiento fugaz y, sobre todo, frágil. No pueden imaginar qué pasaría si, rompiendo la inercia de los últimos años, el Barça entrara en una de esas crisis mezquinas y autodestructivas propias de los años sesenta, setenta y ochenta. ¿Soportaría el entorno actual, que tanto depende de un despliegue mediático monstruoso e hipertrofiado, tan acostumbrado al éxito, una atención negativa tan intensa?

En ocasiones, estas percepciones generacionales son engañosas. Del mismo modo que a los que fueron jóvenes y felices les cuesta admitir que nadie pueda superar al Barça de Kubala y que los que vieron debutar Cruyff difícilmente admitirán, ni siquiera bajo tortura, que cualquier otro jugador pueda haberlo superado sobradamente en eficacia y rentabilidad, hay una generación que, probablemente con más razón que todas las demás, consagrará a Messi como la única verdad incontrovertible de nuestra historia. Aunque muchos culés están dispuestos a admitirlo, últimamente, entre los niños que apenas empiezan a construirse una incipiente identidad culé, ya se puede detectar que Neymar tiene más ascendente. Es como si la necesidad de cambiar los ídolos y de establecer jerarquías permanentemente renovadas estuviese por encima de las evidencias. Para un culé que hoy tenga siete, ocho o nueve años de edad, Messi es ese jugador que siempre gana el Balón de Oro y hace babear a toda la familia y a los amigos. Lo adoran en todas partes e incluso sus rivales hablan bien de él. Como extensión de una cultura colectiva y uno de los tentáculos de la educación sentimental, el fútbol y la militancia por unos colores incluyen mecanismos espontáneos de renovación. El hijo de un kubalista tiende a buscar ídolos diferentes a los de su padre y, en este sentido, Neymar podría ser una apuesta segura para los idólatras con ganas de desmarcarse de la unanimidad messista objetiva y gregaria. Pero cuando no son inducidos por los patrocinadores ni por descaradas operaciones mercadotécnicas, estos movimientos forman parte del relato y enriquecen la diversidad de pareceres. En el barcelonismo también hay movimientos

tectónicos de afirmación entre padres (conservadores) e hijos (modernizadores). Como tantos otros clubes del mundo, el Barça es un relato que congrega vivencias de antepasados, movimientos individuales y colectivos, historias pequeñas y campanadas mayúsculas. Y si se pretende establecer una continuidad y una coherencia, a veces también será necesario integrar contradicciones e, incluso, traiciones. Pero lo que no varía es la acumulación de apasionamientos y flechazos evidentes o extravagantes. ¿Por qué simpatizamos más con unos jugadores que con otros? ¿Por qué Eto'o, uno de los jugadores que más ha ganado y que mejor ha actuado como delantero, nunca tendrá el reconocimiento de un Simonsen o incluso de un Larsson? Es un misterio. ¿Y por qué nos equivocamos tanto en el momento de apostar por el cromó del día de la presentación de nuevos jugadores? Hago autocrítica: a mí me encantaba Gudjohnsen. Y aunque sabía que, en origen, teníamos que fichar a Diego Forlán y que, a pesar de los insistentes consejos de Txiki Begiristain, Rijkaard prefirió a Gudjohnsen, me entusiasmé con la presencia exótica del islandés. Por suerte, equivocarse en estas apuestas no tiene consecuencias más allá del ridículo que haces en tus círculos culés de confianza. También es cierto que equivocarse en las adhesiones proporciona una cierta pátina de sofisticación esnob. Seguro que alguien sigue conservando en un cajón la camiseta de Okunowo o de Rothenbach, un póster amarillento de Mario Marinho o unos guantes dedicados de Lopetegui. En estas adhesiones complementarias, los culés actuamos como en una especie de ruleta rusa. Y, por terquedad o por orgullo, nos cuesta admitir la evidencia del error. Es cierto que, cuando lo hacemos tras haber adulado a una promesa que salió rana, podemos irnos al otro lado del péndulo y optar por la conversión de los que insultan al jugador que adoraban, como si así tuvieran que hacerse perdonar su devoción inicial. He intentado no ser uno de ellos. Es más: cuando me contaban que Gudjohnsen tenía grandes habilidades para ponerse a cuatro patas en las discotecas y, completamente borracho, morder las bragas de las chicas, aún lo defendí con mayor vehemencia. No pierdo el hilo: hablábamos de las premoniciones y de los jugadores que fracasan, que son, de algún modo, el resultado de premoniciones estrepitosamente fracasadas. ¿Escriva? ¿Escaich? ¿Kodro? Pero ¿y la satisfacción que proporciona el acertar? Cuando la historia, grande o pequeña, te da la razón y recompensa tu perseverancia y perspicacia, te sientes doblemente premiado.

Mi primera devoción minoritaria, de arte y ensayo, fue Martí Fillosa. Era un delantero frío, elegante, de una técnica exquisita, racional, deliberadamente lento, de los que procuran no ensuciarse inútilmente. En un

mundo de mamíferos ágiles, se movía con la elegancia y la indolencia de un flamenco. Lo hacía todo bien, pero tenía tan mala suerte que, en su plenitud, se vio borrado del firmamento debido a la llegada, rutilante y cegadora, de Johan Cruyff. Martí Filosia era de los que, al igual que Rexach, no buscaban el aplauso fácil. Si les pasaban un balón demasiado fuerte, no corrían como posesos, tal y como habría hecho Puyol, sino que lo miraban con la nostalgia científica de quien, gracias a una serie de cálculos mentales hechos sobre el terreno, deduce que irá fuera y que cualquier esfuerzo resultará inútil. Martí Filosia no hacía aspavientos. No caía teatralmente para confundir a los árbitros o condenarlos a la ira del público. Era un *gentleman* con toques de determinación ampurdanesa, un *homenot* —en el sentido de los personajes, singulares e insólitos, retratados por el escritor Josep Pla— con calzón corto y principios muy claros sobre lo que nunca debe hacer un futbolista. Muchos años después hemos descubierto, gracias al trabajo periodístico de Francesc Aguilar, que Martí Filosia padecía unos problemas muy dolorosos en la espalda, que compensó con una especie de corsé ortopédico. Era un corsé con un ancho cinturón de cuero y una pieza lumbar que, vista hoy y fuera de contexto, hace pensar más en un complemento de tortura medieval que en una prótesis para no sufrir dolor. Lo que en el campo interpretábamos como una elegancia natural, como una lentitud voluntaria que rompía el tempo de las jugadas (como hacía Thelonious Monk con el piano) y desconcertaba a los defensas y a sus propios compañeros, no era un estilo de juego elegido, sino impuesto, en parte, por las dolorosas circunstancias. De Martí Filosia siempre cuento la misma anécdota. En uno de mis primeros partidos como espectador en el Camp Nou, ante un espectáculo soso y propenso a las peores premoniciones, un culé sentado cerca de mí se levantó y gritó: «¡La culpa es de Martí Filosia!». Con temeridad infantil, me atreví a informar a mi tío de que, en aquel momento, Filosia no estaba sobre el césped y que, por tanto, era imposible que la culpa fuese suya. Mi tío comprobó la información y, con el orgullo de corregir a un consocio por recomendación de un familiar, le hizo notar la ausencia evidente del jugador. El culé, asombrado por nuestra arrogancia, nos miró con un menosprecio cósmico, y, con la seguridad que solo tienen los que se equivocan constantemente y no están dispuestos a admitirlo, sentenció: «¡Da igual! La culpa siempre es de Martí Filosia». Pero aquella premonición de adhesión al estilo de Martí Filosia, como todas las que tantos y tantos culés deben de haber vivido con otros jugadores, fue compensada con creces por la actitud, dignísima y extrañamente inteligente, de un jugador que tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado en un

momento inoportuno y que lo admitió sin rebajarse ni condenarse a la habitual solución de errar por clubes cada vez más humildes. Ahora, sabiendo que jugaba con aquel artefacto terrorífico, medio faja, medio cinturón de castidad, intuyo retrospectivamente que Martí Filosia quizá estaba dispuesto a vivir su profesión en esas circunstancias porque jugar en el Barça era su máxima aspiración, pero no a sacrificarse por causas menos sentidas aunque igualmente respetables.

«¿Y no hablarás sobre De la Peña?», me pregunta una voz interior. De la Peña es un caso de premonición colectiva eternamente incumplida. Todos los que le hemos defendido sabemos que no tenemos razón, pero nos negamos a admitirlo. En las sobremesas de la Nochebuena especialmente nostálgicas, cuando llega la hora de las confesiones, o al bajar los cartones y los papeles de los regalos al contenedor, impulsados por el exceso de alcohol y de hidratos de carbono, reunimos el valor suficiente para afirmar que De la Peña es el mejor jugador que hemos visto jamás. Es una afirmación tramposa y oportunista, porque todo el mundo sabe que hemos admirado con mucha más devoción a otros jugadores, pero en los debates culés siempre hay un momento en que arriesgas más de la cuenta y, como hacía De la Peña, calculas mal las consecuencias de lo que en principio parecía ser una genialidad o una buena idea. Cerca del contenedor, esta afirmación puede derivar en el descubrimiento de otro delapeñista y, entonces, los abrazos adquieren una calidez navideña. El maestro Ramon Besa consiguió, en uno de sus artículos, resumir con precisión magistral las sensaciones de deslumbramiento que provocaba De la Peña. Escribió que había que aplaudirle la intención. No se puede decir mejor. Y defender que se pueda aplaudir la intención de un jugador, aunque esta pueda costarnos recuperaciones fatídicas por parte del rival, no es operativo en un primer nivel de competición. Y es aquí donde los delapeñistas hacemos trampa. No queremos admitir que, en el organismo colectivo de un equipo, De la Peña podía acabar siendo, por infructuoso, un lastre. ¿Cuáles eran nuestros argumentos? Estéticos y morales. Ya se sabe que la estética y la moral son un atajo, una pirueta argumental que permite ganar una batalla aparentemente perdida, pero nunca una guerra dialéctica. Y también es verdad que el fútbol permite este tipo de adhesiones ruinosas y frívolas. Si tengo que arruinar mi prestigio —pensamos—, que sea por una buena causa. ¿Qué sentido tendría adherirse siempre a jugadores que triunfan y que mantienen una línea de perfección en el rendimiento y la concentración? ¿Qué sentido tendrían las

premoniciones si nadie fracasara y abriera, como una segunda parte siempre jugosa de la historia no escrita, la puerta de lo que *pudo haber sido y no fue*?

CRUYFF

1. ODIOS Y DEVOCIONES

Cruyff. Johan. Dios. El Profeta. El Holandés Errante. Los nombres cambian en función del grado de devoción o de familiaridad de quien los pronuncia. Los sentimientos que concita Cruyff son diversos y a menudo extremos, sobre todo en el sector de los barcelonistas virtuosos en el arte de decir pestes. Lo pueden criticar con una exquisitez quirúrgica, sin reparos o con argumentaciones de apariencia coherente. Coleccionan anécdotas teóricamente documentadas y afirman tener cientos de pruebas que confirman que Cruyff es un pesetero, un aprovechado, un vago, un impostor, un ególatra, un mito sobrevalorado, un frívolo y, por supuesto, un mal patriota. Pocos personajes del universo culé han provocado antipatías tan retorcidas y perdurables. El odio y la devoción a Cruyff son, como tantas cosas del fútbol, hereditarios. Por coherencia, la antipatía y la visceralidad necesitan modificar su argumentario y se actualizan como los programas de ordenador. Se puede hablar mal de Cruyff porque «solo jugó bien la primera temporada y luego se dedicó a lanzar fueras de banda». O, con una lupa retrospectiva, cuestionar su ética electoral porque «no tuvo escrúpulos para aceptar la oferta de Núñez, que solucionó sus problemas con Hacienda». O relativizar su competencia como entrenador porque «tenía una flor en el culo y la mitad de los títulos que ganó fueron de casualidad y porque Núñez *hizo una gestión* con el Tenerife». Como comentarista de la actualidad barcelonista y futbolística, Cruyff también tiene muchos detractores. En general, se los ha ganado a pulso porque son la respuesta legítima a la necesaria diversidad de pareceres en un mercado libre (más o menos) de opiniones. José Mourinho, por ejemplo, lo definió con un zasca lacónico, descriptivo y, a su extraña manera, divertido: «Cruyff critica y juega al golf». También le acusan de querer tener siempre la razón, de no acertar en la mayoría de sus pronósticos y de actuar exclusivamente en función de su interés personal y crematístico.

Para reforzar estas acusaciones con el énfasis de un fiscal de telefilme, los anticruyffistas más viscerales recuerdan los episodios de la titularidad de su hijo Jordi y de su yerno Angoy, o los fichajes de Escaich, Korneiev y Prosinecki. Los detractores de criterio más indigente, en cambio, aportan

pruebas elevadas a categoría de antecedente penal tan convincentes como (¡apartad a los niños!) que no lleva nunca tarjeta de crédito o que le estafaron en un negocio de granjas de conejos (por el mismo precio, podrían criticarle el tener claustrofobia o, en otra vida, haber fumado tres paquetes diarios de Camel sin filtro). Contrariamente a lo que pueda parecer, la perseverancia crítica de los que no le perdonan que no haya aprendido a hablar catalán, o que siempre se haya manifestado con una rotundidad categórica y una independencia de criterio casi insultante no debilita a Cruyff. Al contrario, lo perpetúa como el gran tótem vivo del barcelonismo y del fútbol. Esta percepción polémica de su personaje es una constante biográfica. Desde muy joven, Cruyff siempre ha asumido, como una servidumbre del espectáculo, que cuando sale al campo tiene dividida a la afición y que este contraste dialéctico no es forzosamente malo y puede transformarse en estímulo. Vista con los ojos de Cruyff, la realidad no siempre es lo que parece. Él sabe que, para empezar, la mitad de la grada le animará con una persistencia incondicional, y que la otra mitad será exigente y recelosa desde una prevención que, a menudo, partirá de prejuicios extradeportivos, de percepciones particulares (espontáneas o inducidas) o de una ignorancia pura y dura. La ambición de Cruyff es simple. Pretende instaurar un hedonismo popular a través de una actividad tan accesible y democrática como jugar al fútbol. Y quiere conseguir que la fidelidad y el entusiasmo de la mitad de la grada que le respeta se mantenga y, a ser posible, convertir al resto de los espectadores a su causa a través de la seducción del juego y, a medio y largo plazo, de los resultados. ¿Qué formación tiene para conseguirlo? Haber sido uno de los renovadores del fútbol moderno y haber inspirado elogios como este, de Arrigo Sacchi: «Una coherencia absoluta con movimientos imprevisibles».

La característica más evidente de este método es que tiene la estructura de una apuesta difícil de perder. Cuando todo vaya mal y el azar, las negligencias, los errores o los imponderables interfieran en la normalidad, una parte sustancial de la afición seguirá valorando el estilo. Y no lo hará a través de la eficacia ventajista y de la rentabilidad de los resultados, sino del beneficio moral, racional o sentimental que implica simpatizar con unas ideas determinadas y mantenerse fiel a ellas. En el cerebro de Cruyff, la cima de esta jerarquía de protagonismos la ocupan los futbolistas. Tienen el talento, el privilegio y la constancia de ser los auténticos actores del espectáculo. Por debajo de los futbolistas, están los aficionados. Cruyff los respeta pero no los halaga, no les da siempre la razón, no juega con el vocabulario más

grandilocuente y populista del fútbol, sino que defiende sus derechos e intenta aportar sustancia al espectáculo por el que han pagado con dinero y horas de apoyo. ¿Por altruismo? En parte, sí. Pero también por egoísmo. El egoísmo de tener la satisfacción de trabajar más a gusto en la fabricación del buen juego que en la obsesión, mucho más incierta, del resultado (es más fácil jugar siempre bien que ganar siempre). O, por decirlo con palabras sagradas: «Prefiero perder sin traicionar mis ideas que ganar sin divertirme». No hablo solo de resultados, sino de algo tan sencillo, y tan explotado por la religión y los apóstoles de la autoayuda, como el valor del camino que se recorre hasta llegar al objetivo. Louis Van Gaal, virtuoso del malentendido mediático, siempre hablaba de filosofía (pronunciado por él, *filofofia*). En el caso de Cruyff, sería más adecuado hablar de un conjunto de ideas reducidas a la mínima complejidad formal y a la máxima potencia conceptual. A partir de una treintena de aforismos intercambiables, con estructura molecular de obviedad, Cruyff ha construido una cosmogonía futbolística más intuitiva que tecnificada. Un lenguaje propio que ha contribuido de manera tangible al bienestar de la especie. ¿Se puede demostrar esta exagerada y mitomaniaca afirmación? Cierre los ojos durante unos segundos e imagine qué habría sido del fútbol (y del mundo) sin Cruyff.

La plasmación verbal del ideario cruyffista ha sido estudiada y analizada. En general, hay consenso a la hora de considerar que las limitaciones idiomáticas han potenciado en Cruyff una tendencia al minimalismo. Algunas eminencias lingüísticas han practicado la autopsia de su vocabulario y su sintaxis y han encontrado indicios de paradojas, pleonasmos y tautologías. Quien mejor lo ha definido, sin embargo, es él mismo, con un regate grouchomarxista pronunciado en una sala de prensa: «Si hubiese querido que me entendieras, me habría explicado mejor». Como diletante en la materia, no descarto que el lenguaje de Cruyff no nazca de una confusión o de una limitación lingüística, sino de una coherencia futbolística. Pretende hablar como jugaba, y esto implica anticipación (las ideas se mueven mucho más rápido que las palabras), imprevisibilidad (la vida es mucho más interesante si no sabes exactamente qué pasará dentro de un segundo) y, sobre todo, genialidad (si puedes hacer las cosas de una manera que no se haya hecho nunca, la vida y el juego serán más interesantes que si te limitas a repetir cosas ya sabidas).

En 2000 David Winner escribió un libro memorable, *Brilliant Orange: The neurotic genius of Dutch football*. Es una reflexión que profundiza en «la neurótica genialidad del fútbol holandés» para explicar la transformación de

Holanda en uno de los ejemplos de liberalismo y modernidad, referencia continental y mundial de tolerancia. Winner explica que dos de los grandes momentos de la Holanda del siglo XX están relacionados con otros tantos milagros colectivos. El primero: la construcción de los diques que permitieron ganar terreno al mar y, de paso, asegurar un largo período de prosperidad tras vencer la amenaza de la naturaleza. El segundo: la aparición de una generación de futbolistas desinhibidos y revolucionarios que, a partir de la autoridad de unos técnicos exiliados yugoslavos reinterpretados por la marcialidad de Rinus Michels y el encanto seductor de Vic Buckingham, encarnaron el espíritu de la década de los sesenta. Aparentemente, estos dos fenómenos no deberían tener relación. Pero Winner argumenta con tanta convicción y talento que consigue teorizar que la victoria futbolística de Holanda fue, en realidad, una metáfora paralela a la victoria territorial contra el mar. Winner define la aportación del Ajax liderado por Cruyff como un cambio de estructura abstracta y arquitectónica basado en la invención de espacios inexistentes. Para explicar el alcance de esta transformación, recuerda que, en la Ámsterdam de los años sesenta, el popular actor de cabaret Toon Hermans resumió la magnitud de esta genialidad neurótica con un poema que mezcla a personalidades tan diversas como Van Gogh, Einstein, Zeppelin y Cruyff: «Vincent vio el maíz, / y Einstein los números, / y Zeppelin el zepelín, / y Johan vio el balón». ¿Exageración? Probablemente, pero uno de los compañeros más conocidos de aquel Ajax, Ruud Krol (339 partidos jugados con el equipo de Ámsterdam), también se arriesgó a una definición que incluye elementos que van más allá de la estricta realidad deportiva: «El fútbol no es un arte, pero jugar bien al fútbol sí lo es».

El carisma de Cruyff no es estático ni conformista. Incluye todas las fases de una evolución biográfica que lo llevó de ser la referencia de una juventud rebelde prematuramente mediática a convertirse en un falso Abuelo Cebolleta que no duda en utilizar su capacidad de influencia y de convocatoria para construir un imperio de solidaridad, pedagogía, asistencia social, familia y negocio. Todo gira en torno a la credibilidad de alguien que aporta más hechos que palabras a su causa y que no soporta los ejercicios de mortificación y de autocrítica porque la vida es corta (ni tampoco la intermediación de representantes y periodistas).

La vinculación de Cruyff con Barcelona ha facilitado la vida de sus detractores, que han podido seguirlo más de cerca que si se hubiera instalado, por ejemplo, en Australia o en Pernambuco. La división casi zoológica entre especies cruyffistas y nuñistas responde a una realidad que tiene muchas

excepciones. Las excepciones son interesantes y han propiciado figuras casi aberrantes de pensamiento cruyffista dentro de un cuerpo nuñista, o viceversa (algunas de estas mutaciones incluso llegaron a presidir el club). Pero, en el ámbito mayoritario en que las apariencias coinciden con la realidad, lo que hace interesante la relación exitosa de Cruyff con Núñez es que, desde un punto de vista de lógica racional y metodología emocional, son el día y la noche. Que la alquimia entre ingredientes opuestos puede llegar a funcionar nos lo han demostrado la historia de la cocina y la de la política (y, en un ámbito más prosaico, las relaciones sexuales de algunas personas especialmente afortunadas). Pero la versión de la historia que tiende a situar a uno (Cruyff) y a otro (Núñez) en un mismo nivel de trascendencia parte de una premisa discutible. Cuando Cruyff decide tener tratos con Núñez, le avala su pasado de gran estrella del fútbol. En los ámbitos de la economía y la construcción, no dudo de las virtudes de Núñez. Pero compararlos es una distorsión tendenciosa de la realidad. Conviene recordar que la motivación de ambos para iniciar juntos una nueva etapa no fue la sintonía y la complicidad futbolística, sino el instinto de supervivencia y el interés recíproco. Después, es cierto que el Barça tuvo la suerte de verse beneficiado por el antagonismo dialéctico entre uno y otro y que, por sentido común, perseverancia o prudencia, Núñez evitó muchas cruyffadas (jamás sabremos las nuñadas que evitó Cruyff). Y también es verdad que, en momentos de pánico y de brotes de linchamiento, Núñez supo imponerse con la autoridad de los grandes capataces, y, con valentía, logró ampliar los plazos de supervivencia del holandés.

Sin embargo, puestas en los platillos de una balanza, ¿qué pesa más: la aportación mundialmente futbolística de Cruyff o la obra de un presidente empequeñecido por una mezcla de megalomanía y mezquindad paranoide? En la historia institucional del Barça, no hay duda de que la figura del presidente Núñez tiene mucha relevancia, sobre todo porque el mandato de Núñez incluyó el Dream Team. Pero, por suerte, la historia del Barça va más allá y abarca los precedentes que provocaron y justificaron el retorno de Cruyff como hijo pródigo entrenador. ¿Qué precedentes? Evidentemente, no aquellos con que tanto se llenan la boca sus detractores. Detractores que, cuando Cruyff regresó para servir de tabla de salvación a un Núñez acorralado, no faltaron a la cita para recordarnos aquellas temporadas de fracasos, persecuciones arbitrales, fatalidades, negligencias, egos de vestuarios y fueras de banda convertidos en estereotipos maleables de una leyenda (hace unos años, en una cena deliciosa en un restaurante de Alicante, Asensi y Rexach

me contaron con qué violencia los recibían en los campos de toda España después de haber ganado aquella gloriosa y extraordinaria liga de la temporada 73-74, y hasta qué punto era injusto acusar al equipo y a Cruyff de cobardía o pasividad).

La admiración que provocó aquella liga superó los círculos concéntricos del barcelonismo de proximidad. Aficionados de todo el mundo transformaron aquellos meses inolvidables en parte de su patrimonio sentimental. Los testimonios escritos que lo certifican son infinitos pero, puestos a escoger alguno, me gusta un texto del escritor Montero Glez recogido en su libro *A ras de «yerba»*, que incluye frases afiladas y de una desinhibición flamenca: «Y es que el Barça es al fútbol, valga la comparación, lo que el pata negra a los jamones. Todo empezó el día que apareció el flaco eléctrico y se vistió con la camiseta azulgrana. Venía de Holanda. Hablamos de Johan Cruyff, y con él se acabó el misterio. [...] Sin embargo, a pesar de su apariencia enfermiza, aquel chaval ojeroso escondía dentro al jugador más fuerte del mundo. Cada gol suyo fue un desquite. Tenía algo de torero el chaval; la cara afilada y los ojos hundidos como si fuera un Manolete holandés que muerde el pitillo antes de salir al ruedo. [...] Toda España celebró a Cruyff, pues, de una puta vez por todas, al equipo merengue le había salido rival».

En ocasiones, algún culé muy joven pregunta qué tipo de entrenador era Cruyff. Es difícil responder. La mitificación nos ha llevado a olvidar momentos de desconcierto y algunas extravagancias memorables y, seamos francos, abstrusas. Las decisiones de Cruyff tuvieron efectos colaterales, a veces dolorosos para jugadores que o no soportaron la presión de la primera línea o no entendieron nunca las ideas de permanente *work in progress* del Dream Team. Pero, en el gran bazar de entrenadores dóciles o huraños, revolucionarios o continuistas, mercenarios o innovadores, valientes o miedosos, la influencia de Cruyff es casi tan relevante como la que tuvo siendo jugador, cuando deslumbraba no solo a los deportistas, sino también a artistas como Rudolf Nureyev. Hay montañas de textos que cantan sus excelencias. Por eso me apetece citar un fragmento de un texto de Juan Manuel Lillo, que no habla de Cruyff, sino del papel del entrenador en la industria del fútbol de élite. El título del texto, incluido en el libro *Cultura (s) del fútbol*, ya nos acerca a la idea, a menudo caricaturesca, que tenemos de Lillo: «Shakespeare y el entrenador contemporáneo». El fragmento que he elegido no habla de Cruyff, pero, por contraste, lo define mejor que si lo hiciera: «Los entrenadores sabemos con absoluto conocimiento de causa que

los directivos se decantan por el entrenador que resulta más cómodo. ¿Y en qué consiste un entrenador cómodo? Muy sencillo. Se trata del entrenador que admite injerencias, vive en connivencia con el sistema y las ideas preponderantes que reciben el aplauso en la prensa y en la sociedad, adolece de autonomía para tomar decisiones y regirse por sus propios principios, vive engranado a una sumisión feudal, utiliza la prensa como coadyuvante para abandonar el ostracismo o para mantenerse vigente, acepta que la obediencia mental es recompensada y cualquier conato de disidencia sufre penalización, colabora con el negocio mirando para otro lado y en algunos casos siendo parte del negocio avalando virtudes deportivas y necesidades de determinados jugadoras. Los directivos quieren entrenadores a los que no se les ocurra en ningún momento ejercer cierta abogacía de sí mismos». Conclusión: como jugador, Cruyff era extraordinariamente incómodo para los rivales (y en ocasiones para los propios compañeros); como entrenador, era un piedra contestataria en el zapato para los directivos; como entrevistado en una sala de prensa, era incómodo para los periodistas. ¿Para quién era cómodo? Para el público.

2.LA TABARRA CRUYFFISTA

¿Quiénes son más pesados: los anticruyffistas recalcitrantes o los cruyffistas impenitentes? No lo sé. Pero, aunque en muchos otros ámbitos de la vida me he resistido a aceptar de buen grado cualquier etiqueta, en esta división recreativa de la humanidad en dos bandos antagonistas, me proclamo cruyffista. Y, quién sabe si por serlo desde una edad tan impropia y frívola como los nueve años, afirmo que algunos cruyffistas son insoportables, dogmáticos y sectarios. De estos no espero ninguna alegría o reflexión constructiva y ni siquiera simpatizo con su manera de adorar al mito. Son un mal menor que debemos aceptar como parte de una afinidad superior: la que une, con una intuición y una complicidad de alcance cósmico, a los cruyffistas del mundo. Que, de vez en cuando, en Barcelona o en cualquier otra ciudad de Catalunya tengas que participar en debates domésticos improvisados sobre Cruyff es lógico. Pero lo que sorprende y maravilla es cuando, viajando por el mundo, te encuentras con personas que te hablan de Cruyff desde una admiración y una gratitud desprovistas de prejuicios o connotaciones rencorosas o fraticidas. Cruyffistas que, cuando intentas explicarles algún episodio de la mezquina discrepancia con Núñez (o les comentas la anécdota de cómo fichó a Korneiev en un restaurante), te miran

como el físico cuántico candidato al Nobel que no entiende que el polvo irrelevante de la galaxia pueda interferir en una reflexión más global sobre la expansión imparable y la majestuosidad inabarcable del universo. Es cierto que esto solo ocurre en ocasiones y que, mientras tanto, tenemos que sobrevivir en un territorio de opiniones contradictorias y trincheras cargadas de pólvora. No nos engañemos: la parte agradecida de la compulsión fratricida es que, en determinados momentos, se puede activar y alimentar el perfil más inconfesable y vicioso de nuestra personalidad. Pero, en general, conviene mantener ciertas prevenciones. Por un lado, debes evitar la ramplonería malintencionada del sector anticruyffista más deshonesto y demagógico. Por otro, tienes que respetar a los anticruyffistas que se expresan con franqueza y honestidad argumental. Además, debes huir como de la peste de la gilipollez mitomaniaca de un sector de cruyffistas que, sin darse cuenta, contradicen muchos de los principios de independencia y criterio individual que deberían inspirarles la vida y la obra del profeta. Por suerte, existe una comunidad de cruyffistas con quienes se pueden compartir conversaciones interminables y fraternales sobre un personaje que, de 1973 a esta parte, ha marcado la historia del barcelonismo más exitoso y, por extensión, nuestras vidas como aficionados.

Entre las muchas leyendas que circulan sobre Cruyff, hay una que caricaturiza su entorno como una caterva de idólatras acríticos que, de manera permanente, alimentan el ego insaciable del maestro. No descarto que en algún momento haya existido algo remotamente aproximado a lo que describe esta caricatura, pero la experiencia que yo he vivido y compartido con otras personas es que la admiración por Cruyff puede no ser sectaria. Haber tenido dudas o certezas críticas en momentos determinados de la vida profesional de Cruyff, e incluso haberlas manifestado en público o por escrito, no penaliza ni se paga con el precio de la ignorancia o del desprecio. Si, porque surge en la conversación, manifiestas tu admiración o respeto por Cruyff, es habitual que algún pariente o conocido —cuñado, vecino o similar— te salte a la yugular e intente hacerte decir lo que no has dicho. La idea es reducirte a la mínima expresión de fan idiotizado y manipulado por la propaganda, embrujado por el carisma sobredimensionado del gurú holandés. Una advertencia: es una provocación de debutante y ya hace tiempo que deberíamos haber aprendido a ignorarla. También es cierto que, en ocasiones, la respuesta pasiva puede ser interpretada como un gesto de condescendencia y superioridad. No debe acomplejarnos el admitirlo: lo es. Hay que ser condescendiente con el ignorante que se empeña en no dejar de serlo. Y es mejor tratarlo con

superioridad que ponerse a su nivel. ¿Qué los cruyffistas somos una secta tóxica y unos malos barcelonistas? No lo sé. Es cierto que cuando nos juntamos nos maravillan los mismos cromos conmemorativos y nos hacen gracia las mismas anécdotas sobre la mezquindad de Núñez o la estulticia de Van Gaal (hay un aforismo impublicable de Cruyff que, en doce palabras, define de manera magistral y definitiva las diferencias entre Núñez y él). Y también lo es que, cuando vemos las imágenes de Cruyff regateando, con la camiseta del Ajax y en blanco y negro, a rivales griegos o portugueses, sentimos la llamada de la niñez y el abismo proustiano del reencuentro con la Arcadia perdida. Y que, cuando hemos tenido la oportunidad de estar cerca de Cruyff, nos cuesta relajarnos. Durante un rato, nuestra expresión es la de un papanatas concentrado en asimilar la experiencia de la proximidad del mito. Y tenemos que meternos piedras en los bolsillos para mantener los pies en el suelo. Aquí es donde interviene otra dimensión del personaje: el trato, la capacidad de ser, si no tiene ninguna razón para dejar de serlo, simpático, cordial, directo (hay que tener en cuenta que Cruyff es perfectamente consciente de que es Cruyff y, en consecuencia, está muy acostumbrado a que todo el mundo lo mire y lo trate como si fuese Cruyff y a actuar de forma que la gente piense que, si ellos fueran Cruyff, actuarían de otro modo). Evidentemente, habrá personas que explicarán episodios particulares de distancia, arrogancia o tensión discrepante (conozco varios). Pero en esto, como en tantas otras cosas, cada uno cuenta la historia tal y como la ha vivido. Recuerdo que, durante una de las conversaciones que desembocaron en la escritura del libro *Me gusta el fútbol* (publicado gracias a la temeridad proactiva de Jaume Roures y Oriol Castanys), Cruyff me explicó que cuando abandonó el fútbol profesional, a menudo lo invitaban a participar en partidos de fútbol sala, con amigos y conocidos. Un día, en uno de esos encuentros de fútbol y barbacoa teóricamente amistosos, un defensa del equipo rival se le acercó y, al modo de un Goicoechea cualquiera, le amenazó con romperle las piernas. Lo hizo con una satisfacción asesina tan auténtica como convincente. Cruyff no tuvo ninguna duda de que aquel hombre estaba dispuesto a cumplir la amenaza. Y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que debía ser muy selectivo a la hora de participar en pachangas aparentemente amistosas, porque siempre habría algún cretino con delirios de grandeza que no perdería la oportunidad de convertirse en El Hombre que le Rompió los Ligamentos Cruzados a Johan Cruyff (EHQLRLLCAJC). Esta predisposición espiritual a la lesión también ha estado presente en el campo de la opinión y de la discrepancia pública. Del mismo modo que algunos profesionales han considerado que practicar un

cruyffismo acrítico y mecánicamente indulgente podría darles notoriedad o permitirles acceder a quién sabe qué élite, también ha habido actores de la opinión publicada que han encontrado en el anticruyffismo visceral y agresivo la notoriedad que no habrían tenido criticando cualquier otra causa.

¿Qué características debe tener un buen cruyffista? Por conflicto de intereses y por alusiones, no me atrevo a pontificar demasiado al respecto. Pero, aunque sea como ejercicio terapéutico, explicaré la evolución de mi pensamiento en relación con esta materia. Cualquier cruyffista que aún controle sus emociones está capacitado para darse cuenta de que la biografía de Cruyff no está libre de errores, imprudencias temerarias o disparates enunciados como aforismos. La diferencia con el resto de los aficionados estriba en que, aun siendo capaz de analizar la carga negativa de cada uno de estos hechos, un cruyffista —si lo es realmente y no se trata de un impostor— activará los mecanismos emocionales para relativizarlos y situarlos en un contexto general. Y, a diferencia de lo que ocurre con tantos y tantos humanos, que somos la estricta consecuencia de nuestros aciertos y de nuestros errores, en los genios esta contabilidad sería inapropiada, injusta y, sobre todo, ineficaz a la hora de analizar la realidad. La genialidad y la capacidad universal de influencia no son solo circunstancias eximentes, sino que a menudo forman parte también de una coherencia superior. Se trata de una coherencia ficticia, naturalmente, que forma parte del relato de la propia mitificación. Pero ahí está la gracia: que haya personas con tanta capacidad de influencia en su entorno que alteran las convicciones y subvierten los caminos de la lógica. En otras palabras: que las escasas virtudes matrimoniales de Picasso acaben siendo irrelevantes en comparación con su obra, del mismo modo que las bondades personales de un pintor mediocre nunca mejorarán la relevancia de sus cuadros. Estamos hablando, naturalmente, del ámbito del fútbol. Si estuviéramos hablando de nuestra familia, o de dinero, no podríamos aplicar esta creatividad emocional selectiva y, a menudo, recreativa. Pero, por suerte, Cruyff forma parte de un mundo —el fútbol, el Barça— que hemos elegido como complejo vitamínico suplementario. Por tanto, hace ya muchos años que, en la multitud de debates sobre Cruyff con amigos, familiares y culés en general, siempre acabo repitiendo la misma afirmación, que define con precisión mis sentimientos, íntimos y metafísicos, sobre la cuestión: «Cruyff siempre tiene razón, incluso cuando se equivoca». Aunque no sea estrictamente necesario (nada de lo que he escrito hasta ahora lo es), me entretendré un momento para comentar la intención de esta frase. Cuando digo que Cruyff siempre tiene razón, incluso cuando se equivoca,

incluyo dos (o tres) afirmaciones antitéticas. Por un lado, admito que se equivoca y, por tanto, le niego la condición de infalible. Por otro, sin embargo, constato que, en alguien como Cruyff, el error siempre es reconvertido en su favor. Esto, en manos de alguien que lo deteste por vocación o por afán de lucro, nos llevaría a recordar todas las veces que Cruyff se ha contradicho. Pero, desde la lógica cruyffista, lo importante es la manera de interpretar la actitud que Cruyff siempre ha mostrado ante los errores. Si los errores y las contradicciones no le son útiles, los ignora. Si los puede reconvertir en munición para tener razón más adelante y reafirmarse en sus ideas, los aprovecha. Y si comprueba que le sirven para mejorar, dejan de ser errores. Por tanto, primera conclusión: Cruyff siempre tiene razón. Segunda conclusión: incluso cuando no tiene razón.

3.UNA APROXIMACIÓN AL *DISFRUTATELONISMO* Y AL HONOR CRUYFFISTA

Micrófono en mano, y con el Camp Nou a punto de reventar, Cruyff caminó sobre el césped y dijo: «Solo Dios sabe cuánto tiempo hemos tenido que esperar este momento fantástico. En nombre de todos, y del equipo y el mío, solo deseo una cosa: *disfrútate*, y hasta después del partido». Era el 10 de marzo de 1999, el año del centenario, y una de las noches más intensa y extrañamente barcelonistas que recuerdo. Digo «intensamente» porque, con muy poco tiempo para convocar el partido, se consiguió que 98.000 culés llenaran el Camp Nou. No eran los socios habituales, sino que había que comprar la entrada, y eso movilizó a la parte del barcelonismo que no suele ir al campo. En este caso la motivación de la convocatoria no era competitiva: se trataba de un partido de homenaje al Dream Team. Al menos esa era la excusa oficial. El pretexto auténtico era resarcir a Cruyff de la indecencia cometida, casi tres años antes, con un cese grotesco, vergonzoso, pero de esencia típicamente barcelonista. Y digo «extrañamente» porque el partido tenía una estructura fratricida: el Dream Team contra el Barça oficial. Al Barça lo entrenaba entonces Van Gaal. Al Dream Team, la madre del cordero. Para redondear una noche memorable, ganó el Barça (la institución siempre debe estar por encima de los que la conforman) y se logró pacificar una situación conflictiva que, apenas unas horas antes de comenzar el partido, pintaba fatal. La tensión y la hemorragia de la división se mezclaban con la emoción caótica, generosa y expresiva del ambiente. Aunque han pasado muchos años, afirmo que si, a través de ese micrófono, Cruyff nos hubiera pedido que hiciésemos la revolución, muchos no habríamos dudado en

apuntarnos a ella. Una vez más, sin embargo, Cruyff supo regatear la evidencia con una grandeza inesperada e hizo un discurso de concordia que, en su literalidad, tampoco renunciaba a nada. Un discurso en cuya introducción había incluido una formulación gramatical tan grandiosa como cubista («Y ahora *disfrútatelo*»: convertir el verbo en un artefacto con prestaciones pronominales retráctiles es un hito más en la vitrina de trofeos lingüísticos del personaje) y la expresión de un sentimiento que desmiente muchas calumnias: «Hemos pasado todos una noche fantástica. Y para demostrar a todo el mundo que somos un club, todos juntos, me gustaría que todo el mundo se levante y cante el himno del Barça». Las 98.000 personas que estuvieron no me dejarán mentir: fue la hostia.

Tuve la suerte de asistir, en calidad de cruyffista públicamente confeso, a algunas de las reuniones organizativas de aquel homenaje a Cruyff y al Dream Team. Convocado por la amabilidad de extraños que acabaron siendo conocidos (Joan Patsy y Jaume Roures), un grupo heterogéneo de culés de edades y procedencias diversas se reunió para intentar desatascar una situación envenenada entre Cruyff y la junta directiva de Núñez. El nombre que justificaba ese comando vagamente conspirador y desesperado era «Comisión de Honor». Apelando al fantasma de una sociedad civil elegida con criterios ecuménicamente tendenciosos, se intentó unir esfuerzos algo improvisados para cerrar una cuestión que hacía años que se arrastraba. No conocí nunca los detalles reales de las negociaciones entre el Barça y el entorno más cercano de Cruyff, pero sí recuerdo la energía que se respiraba en aquellos encuentros y la sensación de que el club estaba siendo escandalosamente injusto con el entrenador cesado. Desde Marta Ferrusola hasta Josep Lluís Vilaseca (padre e hijo), pasando por Ernest Lluch o Joaquim María Puyal, todo el mundo intentaba aportar algo de cordura, de barcelonismo conciliador y de creatividad pactista para evitar que la imagen del club quedase manchada con el despido vergonzoso y la inercia de los tribunales relacionados con el despido de Cruyff. La intención era que se pudiese organizar una fiesta digna del personaje y del equipo homenajeado y, por extensión, del centenario. Yo asistí a dos reuniones celebradas en el restaurante St. Rémy de la calle Iradier, pero no descarto que hubiese más. El ambiente era de urgencia máxima y de gabinete de crisis. Los intercambios de propuestas y de ideas alternaban las barbaridades incendiarias de los más jóvenes, que proponíamos disparates reivindicativos de esencia antinuñista, y la cordura de personas como Lluch o Vilaseca, que aportaban consejos sensatos y realistas. También se hablaba de fútbol y de los aspectos

puramente organizativos del partido. Quién tenía que jugar y a quién había que invitar, por ejemplo. Cruyff proponía que algunos jugadores invitados de otros equipos se sumaran al Dream Team, y recuerdo que, en un momento dado, dijo: «Podría venir Piojo López». Silencio. Miradas de estupefacción y, en la expresión de algunos asistentes, la lividez propia de los grandes sobresaltos. En aquella época, López era la encarnación del demonio. Nos acababa de marcar una carretada de goles y, exhibiendo toda la retórica de que éramos capaces, acabamos sugiriéndole que quizá no sería el jugador más adecuado para transmitir un mensaje de concordia y fraternidad. Con la perspectiva de los años, sospecho que Cruyff lo dijo para vacilarnos. También propusimos invitar a Éric Cantona, que entonces vivía en un chalé del Baix Llobregat. Patsy, adicto a los retos aparentemente imposibles, dijo: «Si sale cinco minutos y se levanta el cuello de la camiseta, con eso basta. Yo me encargo». Y efectivamente, Cantona, un cruyffista de los pies a la cabeza, aceptó la invitación y participó en la fiesta con uno de los dos gestos que lo han hecho famoso (el otro es el puntapié a la cabeza del imbécil que lo insultó). Sin embargo, no todo eran conversaciones apacibles y divertidas sobre fútbol. El conflicto entre el Barça de Núñez y el cierre contractual de la era Cruyff no se solucionaba. La exigencia del partido homenaje, defendida por contrato con uñas y dientes por un Jaume Roures doblemente activo, exigió muchas reuniones y mucha determinación (me consta que en la junta directiva también hubo discusiones y, aunque parezca mentira, confrontación de pareceres). Llegados a un punto determinado de la reunión, se decidió escribir un comunicado. Para redactarlo con la inmediatez necesaria, se nombró una comisión de tres personas. Con el número uno, Ernest Lluch; con el dos, Josep Lluís Vilaseca (hijo); con el tres, un servidor. Buscamos un rincón tranquilo del restaurante y, según un criterio de edad, a mí me tocó anotar sobre la marcha, a la manera de un escribiente aplicado, lo que me sugería Lluch. De vez en cuando aportaba alguna observación de estilo, para no parecer imbécil del todo, y, consciente de que la situación era absurdamente histórica, conservé el borrador. Dice así:

La Comisión de Honor del Homenaje del F. C. Barcelona a Johan Cruyff quiere manifestar que, en este momento, las negociaciones para la celebración del partido están bloqueadas. Las negociaciones comenzaron hace dos meses y todavía no se han podido poner a la venta las entradas. Los puntos de discrepancia entre Johan Cruyff y el F. C. Barcelona hacían referencia a:

- La administración y organización del homenaje.
- Los aspectos deportivos del acto.

Esta última semana, Johan Cruyff comunicó por escrito al F. C. Barcelona su aceptación de los criterios del club sobre estas dos cuestiones. Al mismo tiempo, la comisión hizo suya la propuesta de Nicolau Casaus para que se celebrara una reunión entre Josep Lluís Núñez y Johan Cruyff, que no fue aceptada por el presidente del club. Teniendo en cuenta los pocos días que faltan para la celebración del homenaje, si el acuerdo no se produce de forma inmediata nos tememos que dicho homenaje no pueda llevarse a cabo por falta de tiempo, con el descrédito que esto conllevaría para el F. C. B. en el año de su centenario.

Por esta razón, pedimos al F. C. B. que instrumente de inmediato las medidas oportunas que garanticen una fiesta como se merecen la unidad del barcelonismo y la historia.

El texto no ganará un premio a la prosa más estimulante, lo sé. Pero, aunque parezca mentira, aquel simulacro de rebelión de una parte del barcelonismo se añadió a otros granos de arena para desatascar la situación. Pocas horas después de que el comunicado se hiciera público, el club aceptó reabrir la negociación y La Caixa decidió participar y vender las entradas a través del sistema Servicaixa. Era la primera vez que se hacía y el colapso informático fue notable. Me veo a mí mismo visitando todos los cajeros automáticos del barrio de Sant Gervasi hasta aterrizar en el de la oficina de la plaza Adrià. Ante mí, un barcelonista de unos ochenta años, en pijama, con zapatillas y un bastón. Lo acompaña su hijo y ambos intentan completar la secuencia de datos para obtener las entradas. No lo consiguen. El sistema funciona con una gran lentitud debido al exceso de demanda (se vendieron 30.000 entradas en 36 horas). No está colapsado, pero casi. El viejo barcelonista se va alterando y, con un rastro de baba blanca (pero nada madridista) en la comisura de los labios, proclama: «¡Si la máquina no me da las entradas, mañana retiro todo mi dinero!». La amenaza funciona. Mágicamente, el cajero se lo piensa mejor, y, con suavidad de vaselina, expende dos preciosas e históricas entradas. La emoción de los dos culés nos remite a la primera vez en que los humanos fueron felices. Nos despedimos con un abrazo y un sonoro «¡Visca el Barça!». Solo ante el cajero, pienso que no tendré tanta suerte. Quiero comprar entradas para mis hermanos y mis sobrinos. Cruyff lo merece y será la manera de reencontrarnos. La lucha con

el teclado es lenta, implacable. Las puntas de los dedos se me erosionan de tanto pulsar los puntos estratégicos de la pantalla táctil. Mi concentración es absoluta. Tras conseguir completar dos o tres secuencias trágicamente infructuosas, la pantalla me transmite que el cajero se lo está pensando. Comparado con la tensión dramática del momento, el suspense del señor Hitchcock es una mariconada. Musito plegarias de religiones que desconozco en idiomas que nunca he sabido. Prometo redimirme de todos mis vicios y pecados. Finalmente, con una magnanimidad que nunca podré corresponder, el cajero me escupe, una a una —y con cierto desdén perdonavidas—, todas las entradas. Recorro el camino desde la oficina de La Caixa hasta mi casa en un estado de levitación y recitando unos versos de Joan Vinyoli: «La vida / vale la pena solo por momentos / inesperados de intensa / felicidad que no podemos / hacer nuestra del todo / ni retenerla mucho tiempo».

Fueron unos días extraordinarios y efervescentes. Manuel Vázquez Montalbán resumió la significación de Cruyff en el universo barcelonista con un artículo en *El País* (8 de marzo de 1999) que vale la pena transcribir:

La convocatoria del homenaje a Cruyff ha sido como un referéndum en el que se ha puesto en juego una vez más la dialéctica entre la memoria y el deseo. El público asocia a Cruyff a una edad de oro que a veces no lo fue, pero que consta como tal en el imaginario colectivo. Cruyff dejó una memoria dorada de jugador excepcional y la esperanza de que un día volvería, promesa tan próxima al rey Arturo como al general McArthur. Y volvió, para instalar su estilo poético de juego, en contraste con una junta directiva llena de constructoras de obras, abogados en claroscuro, algún exjerarca del Movimiento Nacional Sindicalista y de las JONS o las COJONS, más algún que otro adorno socialista y nacionalista y el inefable Nicolau Casaus, que es algo más que un directivo y algo más que un puro. A su aire, arbitrario y genial, poemático y cardiópata, Cruyff creó un equipo todavía hoy admirado por sus rivales. Equipo mítico para siempre, cuyas hazañas se exagerarán en los años futuros, cuando ya sean memoria indemostrable. A pesar de la guerra sucia que siguió al cese de Cruyff hace tres años, la presencia del holandés gravita sobre el complicado tejido social del barcelonismo, creando expectativas, como si de él dependiera que un día volvieran los signos de las mejores victorias. Así se construyen los mitos, desde Aquiles a Sharon Stone, pasando por Cruyff y María Goretti. Los mitos son *fumettis* que subliman las necesidades más ateridas de las gentes.

De Cruyff se dice que nació con la flor en el culo y el éxito popular del homenaje confirma su condición de elegido. La larga sombra del holandés sobre el estadio, sobre el barcelonismo, sobre Catalunya, le señalaría como el aspirante a compartir algún día la presidencia del Barça y de la Generalitat. No en balde ha sido general en jefe de un ejército simbólico desarmado, que habita en la memoria, pero también en el deseo de las gentes.

Y otro maestro, Ramon Besa, resumió la gratitud de muchos de los que habían asistido al partido de homenaje con un artículo que contenía, entre otros, este párrafo para enmarcar: «Cada partido era un viaje a lo desconocido con la certeza de que valía la pena. Igual Laudrup se inventaba una croqueta; o Romario repetía la cola de vaca; o Stoichkov arreaba al zaguero, al portero o al linier; o Cruyff se inventaba una palabra, anunciaba una multa o identificaba el entorno. Mientras Núñez aguantaba más que disfrutaba, el hincha se sentía cómplice del juego, del equipo, de la derrota y la victoria, por cuanto jugadores y aficionados crecían juntos».

4. ANECDOTARIO (*BONUS TRACK*).

A base de repetir que Cruyff es un genio acabaremos gastando la palabra. Allí donde los demás tienen que invertir tiempo, estudio, angustia y preparación, Cruyff encuentra atajos que no existían antes y abre caminos que después alguien deberá asfaltar, iluminar y perfeccionar. Muchas de estas llamadas genialidades son, en realidad, formas creativas de humor y de confianza en sí mismo. Acostumbrado a tener siempre la última palabra, Cruyff ha desarrollado un automatismo muy singular a la hora de expresar sus opiniones. Lo hace con tal libertad que quienes lo escuchan no pueden asimilarlas a una ocurrencia de bar porque quien las dice no puede ser percibido como un cualquiera. A menudo, la opinión pronunciada se está gestando en directo, como si el emisor se hubiera acostumbrado a pensar en voz alta y muchos de estos pensamientos alborotados pudieran traducirse en alguna realidad tangible y, sobre todo, rentable. ¿De dónde proviene, por tanto, esta sensación de genialidad? De la actitud, de la manera de hablar, moverse y pensar y, en consecuencia, también de equivocarse. Ya he teorizado con una insistencia temeraria sobre las equivocaciones de Cruyff y no insistiré. Sus biógrafos ya se han encargado de establecer una cronología fiable de aciertos y errores y, en función de sus prejuicios o devociones, han dictado una sentencia que él nunca ha acatado. A diferencia de otros

personajes, Cruyff no necesita que la historia lo absuelva, porque, como hacía cuando jugaba, siempre prefirió anticiparse a los juicios de los demás y afirmarse a través de aciertos mucho más perdurables y trascendentes que sus errores.

Durante mucho tiempo, la estructura psicológica de los culés funcionó como el Tetris. Los campeonatos comenzaban como una partida. A medida que las piezas encajaban y se acumulaban para construir formas que crecían y daban puntos, el aficionado adoptaba una actitud de recelo, sin dejar de pensar en todos los elementos que todavía podían fallar para obtener algún hito realmente positivo. A media pantalla, cuando la velocidad a la hora de ganar puntos se aceleraba, la inquietud podía degenerar en euforia o en un exceso de prudencia. Y, de repente, sin saber por qué, nada encajaba. Y aunque el jugador era perfectamente consciente de los errores cometidos y de la relación directa entre sus limitaciones y el *game over*, buscaba excusas externas y, sobre todo, invertía todas sus ilusiones en futuras partidas, convertidas en una eterna zanahoria del burro. ¿En qué momento cambió esta mentalidad? Los expertos coinciden: con la llegada de Cruyff, y una minoría añade, como cómplice imprescindible, la figura del presidente Núñez. Siguiendo con el paralelismo del Tetris, lo que Cruyff cambió fue la actitud del jugador en el momento de iniciar la partida y acumular los primeros aciertos. Nada de recelos preventivos, nada de estrategias conservadoras: hay que ir a buscar el máximo de puntos y de placer sin perder el norte, y darse cuenta de que la finalidad principal del juego es la satisfacción de lograr un buen objetivo pero, al mismo tiempo, también cómo se alcanza. Tan sencillo y tan complicado como eso. Cruyff nos acostumbró a ganar, y la victoria reforzó los atrofiados músculos de nuestra confianza. Sin proponérselo, nos simplificó la vida y convirtió una manera masoquista y algo trágica de entender la militancia en una actividad generalmente ilusionante, incluso en la discrepancia. Además, las circunstancias subrayan el valor del azar que, en según qué manos, nos sirve para desacreditar la memoria de aquellas alegrías relacionadas con el Dream Team pero que, en general, las refuerza aún más. La actitud de Cruyff siempre es la misma y nos acostumbramos a una personalidad objetivamente incoherente, pero mucho más interesante que la subjetividad coherente que proponen otros modelos futbolísticos menos exitosos y más previsibles. Para no aburrir al lector, haré un breve resumen de las ocasiones en que he tenido la oportunidad de estar cerca de Cruyff.

Primera. Debo de tener trece años. El Barça acaba de fichar al jugador que más admiro. Un día, al volver del mercado, mi madre me dice que acaba de

ver a Cruyff y a su mujer en la calle Mallorca, en una tienda de muebles de mimbre propiedad de unos parientes del poeta Josep María López-Picó. Salgo disparado, bajo la escalera como un loco, dispuesto a conseguir el autógrafo que me consagrará, durante unas horas, como el rey del patio del colegio. Corro hacia la tienda. Cruyff ya no está. «Acaba de irse», me dicen con cara de haber vivido una experiencia religiosa. Alterado como una *groupie* cualquiera de George Harrison o de Paul McCartney, abro los ojos como platos, activo todos mis escáneres mentales y lo busco por todas partes. Y justo cuando estoy a punto de atravesar el cruce de las calles Casanova y Mallorca, en el paso de peatones, agobiado como el impaciente energúmeno que soy, estoy a punto de ser atropellado por un coche. No es un coche cualquiera: morro de tiburón, carrocería metálica, aerodinámica *superpop* y, al volante, Hendrik Johannes Cruyff, popularmente conocido como Johan Cruyff. Es el Citroen Maseratti con el que le hemos visto tomar posesión de un reinado que le tributará eterna devoción. El coche ha estado a punto de embestirme, mucho más por culpa mía que suya, pero, a un centímetro de mi cadera, y con la eficacia de reflejos que define las mejores aptitudes del jugador holandés, ha frenado a tiempo de evitar una colisión traumática. Casi resbalo encima del capó y, cuando me doy cuenta de que es él, tardo demasiado en reaccionar. Cuando comprendo que acabo de perder una oportunidad única, el coche se aleja Casanova arriba y desaparece, por decirlo con una expresión melodramática, de mi vida. Cuando llego a mi casa, la decepción es visible y me activa un recuerdo. Medio año antes, a las ocho y media de la mañana, estoy en el semáforo del cruce de Ganduxer con el Paseo de la Bonanova, camino del colegio. El semáforo parpadea. En el primer carril hay un camión de la empresa Trinaranjus. Aunque el semáforo está en ámbar, el conductor del camión me hace la señal de pasar. Paso. Y, circulando por el otro carril, un Renault 12 de color rojo y conductor impaciente pone primera y acelera justo cuando estoy cruzando. Por suerte, llevo el macuto de moda en la época, colgado del hombro del lado del impacto, lleno de libros de texto, y el golpe queda notablemente amortiguado. Aun así, salgo catapultado diez metros más allá y la escena provoca la ira incontenible del conductor del camión, que se siente responsable y quiere estrangular al del Renault. Pero la prioridad es otra y me llevan al dispensario de la calle Dalmases, a pocos metros del lugar de los hechos. Parece que no será nada, solo el impacto (dolor y un hematoma *king size*) y el susto. El conductor del Renault, nervioso, atento y preocupado por haberse adelantado al semáforo verde, no sabe cómo reaccionar y le pide mil excusas a mi madre, que aparece con cara

de circunstancias, deseando que no intervengan jueces, abogados ni policías y que no tengamos que remover documentaciones. Por suerte, todo queda reducido al círculo concéntrico de la guardia urbana y, durante un par de días, todo el mundo me cuida. Es una convalecencia breve pero convenientemente exagerada. Me tratan con una devoción y una atención que agradezco y que me hacen sentir muy importante. Pero medio año más tarde, con el corazón aún latiendo por el impacto de la proximidad de Cruyff, lamento que quien me atropellara fuese aquel hombre anónimo abrumado y arrepentido, y no Cruyff. Y me imagino que quien me lleva bombones es el jugador, y que lo someto a un chantaje emocional y finjo estar peor de lo que realmente estoy, y que, como le soy simpático y me sé todas las alineaciones del Barça de memoria y puedo explicarle la anécdota de la inacabada camiseta del Ajax, iniciamos una relación de amistad fructífera y sincera.

Segunda. Pasan los años. Mis posibilidades de ser simpático han quedado dramáticamente reducidas. Cruyff ya no juega al fútbol ni tampoco entrena, pero aún es la máxima autoridad en la materia. Oriol Castanys, que entonces dirige la editorial RBA, me llama y me cuenta que están pensando en publicar un libro de Cruyff sobre fútbol, no sobre su vida, y que buscan a alguien que lo ponga en solfa y que, en definitiva, lo edite. El prescriptor del proyecto es Jaume Roures y la finalidad es recaudar fondos para la Fundación Cruyff. Hay una lista de posibles candidatos y yo formo parte de ella. Como diría Guillem Martínez: glups. Acepto sin dudar. Las condiciones de trabajo son claras y, de algún modo, cruyffistas. Él no tiene tiempo para escribir o dictar el libro, esto debe quedar claro de entrada. No obstante, se organiza un almuerzo, en el restaurante El Trapío, para una primera toma de contacto. Cambio de planes: Cruyff se presenta con el proyecto de un juego de mesa. Miro a Oriol Castanys e interpreto que la vida es imprevisible y que lo que conviene es dejarse llevar y bailar. Con un entusiasmo comercial y críptico, Cruyff despliega el tablero del juego y sus fichas y dados. Nos cuenta el juego del derecho y del revés, pero siempre llegamos a la misma conclusión: objetivamente es incomprensible. Digo objetivamente porque no lo entendemos ni Oriol, que tiene toda la predisposición del mundo a que las cosas vayan bien y un nivel de inteligencia superior a la media, ni yo, que me siento doblemente idiota. Cuando Cruyff se da cuenta de que no tenemos el nivel suficiente para entender la estructura de su juego de mesa, hablamos apresuradamente del libro. La primera condición del autor cae sobre la mesa como un obstáculo insuperable: no tiene tiempo que dedicarle. Nos miramos, hasta que, haciendo uno de sus *dribblings* dialécticos, Cruyff dice: «Pero

almuerzo cada día». Tardo unos segundos lentísimos y vergonzosos en darme cuenta de que esta afirmación incluye un mensaje, que, por suerte, Castanys me traduce: «Eso significa que podríamos organizar unos cuantos almuerzos, mantener una conversación, grabarla y, con todo el material recogido, hacer una primera propuesta, ¿verdad?». Cruyff no dice que no, pero añade: «De acuerdo. Pero solo podemos hacer dos almuerzos. Y tendrá que ser en El Montanyá, porque después me voy a Corea». A medida que pasan los minutos, me doy cuenta de que las posibilidades de llevar el proyecto a buen término disminuyen, pero el entusiasmo mitomaniaco es una fuerza extraña y acepto todas las condiciones, imaginando a Cruyff no en Corea del Sur, que es adonde piensa ir, sino en Corea del Norte, seduciendo a la estirpe disfuncional de los Kim. Unos días más tarde, el proyecto se materializa. Quedo con Jaume Roures para subir al Montanyá, la urbanización cincuenta kilómetros de Barcelona donde reside Cruyff. La cita es a las dos y media, pero a las dos y diez aún estamos en la ciudad. Subimos al Audi de Roures y, antes de poner la llave de contacto, cuando le manifiesto mi inquietud por hacer esperar a alguien como Cruyff, me dice: «No sufras. Has de saber que me gusta conducir un poquito rápido». Han pasado muchos años desde aquel día, pero recuerdo todas las sensaciones del viaje. Fue una experiencia cuántica y supersónica: el espacio-tiempo alterado por un modo de conducir único, revolucionario, trotskista y einsteiniano. Roures no conduce: se teletransporta. Su método radica en la aceleración permanente, en ignorar la existencia de los frenos, en avanzar por sistema y no inmutarse ante la posibilidad, objetivamente plausible y reaccionaria, de estar infringiendo media docena de códigos de circulación a la vez y casi todas las leyes de la prudencia y del instinto de supervivencia. A las dos y media en punto frenamos frente a la casa de Cruyff, en la primera curva de la urbanización del Montanyá. Cinco minutos más tarde, nos disponemos a comer en el restaurante L'Estanyol, en el campo de golf, en una mesa reservada para la ocasión. Cruyff pide sopa de tomate. Yo también. He traído dos grabadoras y un montón de preguntas anotadas que, como es lógico, no sirven para nada. Cruyff habla de lo que le apetece y el diálogo, absurdo y caótico, funciona. Cuando salimos, a media tarde y después de una sobremesa memorable, estoy tan aturdido por el privilegio que acabo de vivir, que el camino de vuelta, tanto o más temerario que el de ida, no me parece tan peligroso. Intuyo la razón: la proximidad de gente tan valiente y audaz es contagiosa. Una semana más tarde, repito la experiencia pero, en esta ocasión, subimos con el coche de Oriol Castanys y a una velocidad más terrenal. Después, a la hora de hacer

el libro, el interlocutor de la editorial es Ernest Folch, que entonces ya destaca como miembro del ejército de conciencias críticas del barcelonismo y que aporta al proyecto el punto justo de entusiasmo e idolatría. Finalmente, el libro sale a la calle y se presenta en el Colegio de Periodistas. Un día le cuento a mi padre que lo presentaremos, y él, que siempre se ha mantenido elegantemente al margen de mis idas y venidas como escritor, me dice: «Me gustaría ir». Este es el poder de Cruyff: movilizar a personas de orígenes, ideologías y niveles de salud diferentes, unidas por el virus del fútbol. El día elegido llego con mi padre, y Cruyff lo saluda con una amabilidad y una naturalidad que todavía me conmueven. Mi padre debe de darse por satisfecho porque, una vez arranca la presentación, cuando Cruyff comienza a explicar los proyectos de su Fundación, veo que, en la segunda fila, se queda profundamente dormido.

Tercera. Una de las consecuencias del descubrimiento de El Montanyá es que, a partir de aquel verano de 2000, mi mujer y mis hijos decidimos pasar cada año unos días en el hotel. Son estancias breves pero felices y que, de vez en cuando, nos permiten reencontrar y saludar a Cruyff con respeto, cordialidad y consideración. Mis hijos todavía son pequeños e intento no transmitirles el virus de la idolatría. Como en las películas, pasan los años y los veranos se acumulan hasta que, un día, en agosto de 2010, en la recepción del hotel me pasan el encargo de que llame a Joan Font, el chef del restaurante L'Estanyol. Llamo. Joan me cuenta que Cruyff me invita a ver el partido de ida de la final de la Supercopa, contra el Sevilla, con unos cuantos amigos. «Comeremos algo», dice Joan para quitarse importancia. No salgo de mi asombro. Es el cumpleaños de mis hijos, pero interpreto que debo ir solo, y ellos, quizá porque tienen quince años y empiezan a sentirse incómodos ante situaciones inesperadas, no manifiestan un gran entusiasmo. Cuando llego al restaurante, veo la mesa puesta como si estuviésemos todos y me deshago en excusas. Están Danny —esposa de Cruyff—, Marjolijn van der Meer —la viuda de Armand Carabén, el directivo del Barça que lo fichó— y otro matrimonio igualmente encantador. Engullo de forma compulsiva las patatas fritas que Joan ha cocinado para quince personas mientras intento concienciarme del privilegio de ver un partido de fútbol junto a Cruyff. Él lo hace de una manera que, naturalmente, me sorprende. Casi no mira la pantalla. Es como si, entre mirada y mirada, ya previera todo lo que pasará y no necesitara los niveles de atención de un aficionado normal. De vez en cuando suelta un nombre en voz alta. «Xavi». Intento adivinar la relación que existe entre el momento en que Cruyff dice «Xavi» y lo que veo en la

pantalla. Tardo en comprender que se refiere a quien debería tener el balón y a quien, de hecho, lo tiene casi siempre. Y, por supuesto, Cruyff siempre se anticipa a la lógica del juego. Yo procuro no pasarme de listo, y de vez en cuando le hago alguna pregunta, como reviviendo aquellas dos memorables sobremesas en las que conseguimos suficiente material para el libro. La amabilidad de los anfitriones es extraordinaria, y además, el Barça gana, sobre todo gracias a que el fútbol que nace en la cabeza de Cruyff se traduce telepáticamente a las piernas y a la visión de juego de Xavi. Brindamos, y, en el momento de despedirnos, observo que Cruyff saca la tarjeta de crédito y (pausa dramática) paga. Le miro con expresión de sorpresa. Él se pone el dedo en los labios, como pidiéndome silencio. Sonríe con una mirada traviesa que, si no me equivoco, quiere transmitirme la necesidad de preservar el mito y la leyenda de que Cruyff nunca lleva dinero encima y jamás invita.

**Prórroga:
dilemas morales,
rituales sentimentales**

Anécdota: En la calle Muntaner, me encuentro con un joven filósofo que escribe habitualmente en *La Vanguardia*. Nos saludamos con cordialidad, nos deseamos un feliz año nuevo (son los días previos a la Navidad) y, como dos personas adultas de rica vida interior, hablamos del Barça. El filósofo me cuenta que ya no lo sigue porque el patrocinio de Qatar le plantea dilemas insoportables. Por coherencia ética, dice, ha decidido dejar de ver los encuentros. No ha sido una decisión fácil, me cuenta, y admite que ha tenido recaídas excepcionales, como el partido contra el Madrid. La anécdota ilustra un fenómeno que no es nuevo y que afecta cada vez a más aficionados, no solo del Barça, sino de otros clubes del mundo. Pero el dilema que plantea el filósofo se puede desbaratar con cierta facilidad. Es más: la directiva actual del Barça es unánime a la hora de argumentar que, si muchas empresas e instituciones democráticas de Catalunya y de España tienen tratos comerciales y financieros habituales con Qatar, celebrados como el *summum* del progreso inversor globalizado, ¿por qué el Barça debería ser más virtuoso?

Si introduyéramos este argumento dentro de una computadora especializada en reducir la retórica a una sola palabra sin añadir ningún componente emocional, el resultado sería: cinismo. En otros momentos de la historia moderna del club se han vivido situaciones que provocaban dilemas semejantes. En la época de Núñez, por ejemplo, había un tipo de culés que, desde una discrepancia visceral y vehemente, anunciaban a la familia y los amigos que no volverían al Camp Nou mientras no cambiara el presidente. Otros amenazaban con romper el carné por las mismas razones, aunque luego, en la intimidad, lo veneraban y se daban cuenta de la dimensión de su sacrificio (en la época del Dream Team, algunos de estos antinuñistas recalcitrantes encontraron en la llegada de Cruyff la coartada para autoaplicarse una amnistía definitiva). Después, cuando el patrocinio de la camiseta incorporó una marca multinacional sobre la que pesaban acusaciones de explotación infantil y condiciones salariales de miseria, también se escucharon voces discrepantes que, en nombre de la justicia, proponían boicots y otras medidas más o menos románticas. Ninguna de estas iniciativas tuvo éxito porque, por razones muy diversas, no aplicamos al fútbol, y menos

aún a nuestro equipo, la pulcritud moral que quizá exigimos en otros ámbitos de la vida. Y sería muy simplista no darse cuenta de que el fútbol es tan flexible que, a fuerza de moverse por intereses, ha conseguido que realidades como Nike, Unicef y Qatar resulten compatibles.

Razones para sentirse incómodo, sin embargo, las hay. Los salarios de los jugadores, por ejemplo, obligan al club a entrar en una espiral de gasto autodestructiva. No es una espiral secreta o clandestina. Se habla de ella a menudo en los periódicos y, cada año, los directivos congregados en la asamblea ritual de compromisarios del club insisten en la urgencia de contener el gasto. El éxito de esta iniciativa es perfectamente describable: cada año vamos peor. Y en la misma asamblea puede haber intervenciones muy severas de socios que protestan por un cambio de ubicación del asiento o por la calidad y el precio de los bocadillos, pero que, en cambio, no se manifiestan sobre cuestiones como la solidez moral de los patrocinadores o la consistencia de los criterios salariales.

No todo el mundo vive estas contradicciones del mismo modo. Cuando el filósofo me comentó su respetable objeción de conciencia, le respondí con el recurso del humor. Le dije que precisamente porque va en contra de nuestros principios, aún tiene más mérito no dejar de ver los partidos del Barça con la marca Qatar en la camiseta. Y que los principios, para ser humanamente coherentes, necesitan una excepción que los haga verosímiles. Y, envalentonado por la inercia de la digresión (y poco dispuesto a poner en duda una de las escasas certezas que aún mantengo), le expliqué que hay muy pocas cosas que obliguen a transgredir los principios de manera sistemática. En el amor y en el sexo, estamos dispuestos a rebajar nuestras convicciones a la carta y en función de las circunstancias. En cuestiones económicas, también. Y a la hora de proteger a un ser querido, tampoco dudamos cuando debemos transgredir nuestros propios códigos. Y, en el mismo nivel, yo situaba al Barça más como un ejercicio de especulación dialéctica que como la descripción de una convicción. Porque no estoy nada convencido. Es más: de la situación actual del aficionado, convertido cada vez más en cliente de un rebaño amorfo, no me gusta casi nada. No me gusta el ambiente previo a los partidos que se respira en el Camp Nou, con el ultraje ambiental de la megafonía infernal y los nuevos hábitos de participación que infantilizan hasta la ofensa. No comparto las medidas de protección de la salud y las restricciones morales sobre ciertos hábitos, que sitúan al Barça como prescriptor en materias (no fumar, comer sano...) que no tienen nada que ver con el fútbol. No me gusta que los valores se hayan adaptado a un discurso

mercadotécnico que busca dotar al club de una identidad propia, distinta de las que compiten en la élite, más por ambición de mercado que por convicción. Y me asusta, más que ninguna otra cosa, el discurso oficial del Barça y de otros grandes clubes (como el Real Madrid, por ejemplo) según el cual debemos ser, por decirlo en palabras de Florentino Pérez, «cada vez más grandes y cada vez más fuertes».

Este tipo de afirmaciones evangelizadoras suelen pasar desapercibidas. Pero son, en realidad, el gran problema de un sector atrapado por una burbuja muy peligrosa que incluye alianzas geopolíticas espurias y relaciones de poder que asustan. Cuando Florentino Pérez, la directiva del Barça o el fondo de pensiones que financia al Manchester United hablan de ser cada vez más grandes y más fuertes, están defendiendo un aumento irracional de los ingresos para poder atender los hipertrofiados niveles de gasto. La grandeza del Barça ha sido, durante muchos años, la consecuencia de aciertos institucionales y deportivos, pero no de una voluntad colonizadora, digámoslo así, dispuesta a vender su alma al diablo. Recuerdo que en un momento de la negociación con Qatar, antes de las últimas elecciones a la presidencia del club, un importante directivo me dijo que la alternativa a Qatar era Gazprom. «¿Qué prefieres, Qatar o los oligarcas rusos?» Esta argumentación es difícil de rebatir, porque parte de una premisa intimidante. Cuando discutes principios como este, enseguida te desarman y te argumentan que si no tienes un patrocinador de este nivel, no podrás mantener la excelencia de jugadores como Messi o Neymar, permanentemente tentados por clubes sin tantos escrúpulos como el nuestro. Y que situarse en un purismo romántico sería un acto de dejadez mucho más auto destructivo y, por tanto, de irresponsabilidad institucional. La cuadratura del círculo: mancharse las manos por el bien del club acabará siendo más un acto barcelonista que atrincherarse en la virtud y la pureza y perder protagonismo y músculo competitivo. Y, en parte, si nos pusiéramos de acuerdo sobre un Barça impoluto, libre de las servidumbres del sector, llegaríamos a la conclusión de que, como máximo, podríamos aspirar a ser una especie de Athletic de Bilbao, sin secciones profesionales y con unas aspiraciones que no incluirían ninguno de los grandes títulos. ¿Lo aceptaríamos?

Cuando los presidentes hablan de ser cada vez más grandes y cada vez más fuertes están introduciendo un discurso que no existía hace unas décadas. En realidad, son esclavos de una necesidad presupuestaria que poco tiene que ver con el espíritu *amateur* fundacional. Desde 1899, la evolución del club ha sido lo bastante espectacular como para confiar en los cambios como motor

de ilusiones y transformaciones muy positivas para el barcelonismo. Y es cierto que, en el contexto actual, competir en la élite obliga a tener una ambición que incluye un nivel de ingresos difícil de alcanzar y, en ocasiones, de justificar. Crecer ha sido indispensable; pero ¿hasta dónde? ¿Grandeza? El Barça ha tenido mucha en determinados momentos de su historia, y en otros no ha sabido gestionarla, bien por negligencia o bien por falta de experiencia. En la manera de administrar el éxito de los últimos años, el tono del Barça ha sido el acertado. No se ha refugiado en la prepotencia triunfante que otros grandes clubes de la historia del fútbol practican incluso cuando pierden. Y, por el contrario, ha intentado aprovechar cada gran victoria como una oportunidad de hacer pedagogía, no solo por principios altruistas, sino también por el interés de situarse, con un discurso propio, en el escaparate de las élites. Deportivamente, esto nos ha obligado a cambiar algunos hábitos. Cuando ganas a menudo y juegas bien, es mucho más fácil digerir las derrotas o los días amargos. Cuando el Barça de Guardiola fue eliminado en las semifinales de la Champions por el Inter de Mourinho, la actitud del público fue extraordinaria. Vista en perspectiva, es una noche importante porque representa un cambio emocional que se acerca a la madurez y que marca una frontera entre el recelo del pasado y un nivel de confianza mucho más desarrollado. Aunque me arriesgo a ser lapidado por los sectores más intransigentes del barcelonismo, me parece que, en esta misma línea, será importante que en los próximos años seamos capaces de perder una final de la Champions jugando bien contra un gran equipo que juegue mejor que nosotros. En el repertorio de emociones privilegiadas, al que solo pueden acceder los mejores, nos falta esa derrota digerida con deportividad y sin la fatalidad de Berna, el dramatismo de Sevilla o la indolencia de Atenas. Ahora estamos preparados para que esto ocurra, al igual que estamos preparados para jugar una final de la Champions contra el Madrid, ganarla y que la euforia no nos destruya (no estoy tan seguro de que estemos preparados para perder una final de la Champions contra el Madrid, pero esta hipótesis daría para otro libro, que no pienso escribir).

Pero volvamos a problemas más estructurales. La evolución de la burbuja de la industria futbolística invita a pensar que no tardaremos en encontrarnos ante dilemas éticos importantes. Y, para combatirlos, ya hace tiempo que se especula con un cambio en la arquitectura de la propiedad del club. El modelo más aplaudido y que más circula en los círculos influyentes es el del Bayern de Múnich, que combina la iniciativa privada y un funcionamiento empresarial con un papel relevante de los socios y los patrocinadores. Este

modelo híbrido no tiene nada que ver con el Barça que hemos conocido y por eso nos asusta. Además, una de las trampas de este tipo de discusiones es que a menudo nos aboca a una situación de ambivalencia que, como la del chiste, nos obliga a escoger entre «susto» y «muerte». Con los años, y tal vez porque la última década ha sido futbolísticamente gloriosa, aprendes a relativizar tus propias convicciones y a pensar que el Barça ha sobrevivido, entre otras muchas cosas, a los sermones románticos o catastrofistas de culés de muchas generaciones. Y cuando, en un contexto de placer y de plenitud colectivos, alguien introduce dudas éticas y morales, para qué nos vamos a engañar: da una pereza infinita. Pero, en realidad, estos conflictos filosóficos han existido siempre. Cuando se acusaba al fútbol de ser un factor alienador en favor del régimen franquista, algunos creían que ir a los partidos era un acto de colaboracionismo. Por suerte, muchos culés fueron capaces de compaginar una humanística, civilizada y culta vocación política con el placer del fútbol quincenal en el Camp Nou. En otros momentos, la tolerancia con Núñez o con presidentes como Enric Llaudet también movilizó las discrepancias por razones políticas o, por decirlo al modo marxista, «de clase». Pero después, cuando veían las alternativas pretendidamente democráticas, muchos culés pensaban: «Virgencita, Virgencita, que me quede como estoy». De hecho, la permanencia de Núñez en el poder se explica por sus aciertos de gestión en unos momentos difíciles, pero sobre todo por la incapacidad sintomática de estructurar una alternativa que no cayera en la atomización del patronato, en el postureo pequeñoburgués y en la adicción al victimismo ilustrado.

En la época en que mi padre admiraba a Alcántara y a Sagi-Barba, estas connotaciones extradeportivas tenían una importancia muy relativa. Ahora observo que, en el caso del patrocinio de Qatar, muchos culés se resignan a mirar hacia otro lado como un acto no de cobardía o de indiferencia, sino, por el contrario, de barcelonismo. Pero cuidado: también están los que intentan vendernos la moto de que aceptar resignadamente a Qatar con una pinza en la nariz es más barcelonista que pedir una orden de alejamiento, así como aquellos que sitúan a Qatar como la menos mala de las dictaduras del Golfo. A veces, para dimensionar los conflictos que tenemos demasiado cerca, es bueno observar el barcelonismo desde una experiencia culé distante. Conozco, por ejemplo, a grandes culés españoles que cuando el Barça subrayó su carácter de club sensible a las aspiraciones soberanistas de la mayoría de los catalanes, fruncieron el ceño y se sintieron, a su manera, traicionados o excluidos. Algunos, me consta, desconectaron del club con la misma radicalidad con la que pretende hacerlo el filósofo objetor que me

encontré en la calle Muntaner. Otros, en cambio, proponen reflexiones interesantes. Un culé sevillano me decía que con Laporta se encontró en una situación manicomial. No soportaba el nacionalismo explícito y vigoroso de la directiva, pero, al mismo tiempo, estaba futbolísticamente enamorado del juego de Ronaldinho y de la elegancia y la deportividad que Rijkaard le dio al cargo de entrenador. Hasta que, harto de comerse el coco, decidió no hacerse más preguntas. Es una opción legítima. Salvando las distancias, lo que a algunos culés les pasa con el Barça recuerda lo que les sucede a algunos amantes de la literatura, que se niegan a tolerar que les gusten las grandes obras de escritores moral o políticamente abyectos. Si existe un consenso más o menos flexible que establece que la dignidad y la salud mental o moral de los artistas no son relevantes a la hora de interpretar sus obras, lo que proponen los clubes modernos de fútbol podría ser un dilema similar para el aficionado. Aquí, la vieja y demagógica máxima de Kennedy, según la cual «no te preguntes qué puede hacer tu club por ti, pregúntate qué puedes hacer tú por tu club», no sirve. En el Barça ya hace tiempo que intentamos una cuadratura del círculo, que es uno de sus grandes alicientes. Le exigimos al club que lo haga todo por nosotros, pero, al mismo tiempo, no queremos renunciar a la satisfacción y al placer que conlleva criticarlo con vehemencia cuando creemos que se equivoca.

Como tantos y tantos culés, ignoro cuál será el futuro del Barça. Que me preocupen algunas decisiones estructurales inminentes y que no acabe de entender los equilibrios entre gastos e ingresos no tiene la menor importancia. De entre todos los momentos que conforman la liturgia barcelonista, me sigue sorprendiendo, por su intensidad escenográfica y la diversidad de miradas que te acompañan, el momento de salir del Camp Nou después de un partido. Los discípulos del gran arquitecto Francesc Mitjans siempre ponderan la esponjosidad de los accesos del Camp Nou, que, en solo cinco, seis o siete minutos, se vacía sin grandes agobios. Hay excepciones, evidentemente. El día en que el infausto árbitro Melero Guaza expulsó a Cruyff y fue agredido por unos culés exaltados, en las escaleras de salida se vivieron momentos de angustia e inquietud. Pero, en general, ese movimiento de masas tiene algo de coreografía bíblica. Cada persona tiene su estilo a la hora de irse. Algunos alternan breves sprints sincopados con codazos reglamentarios, y otros se abren paso con frenadas en seco y fintas de carterista. Poco a poco, sin embargo, acabas incorporándote a un ritmo colectivo que absorbe tus características particulares y te integras en una especie de todo fluvial con un río caudaloso y central y, a derecha e izquierda, afluentes que se abren hacia

tierras ignotas y que se subdividen en arroyos y atajos casi capilares que se dispersan hasta la promesa del próximo partido. En la derrota y en la victoria, el color y el vigor de este río es diferente. Pero siempre te das cuenta de que nunca caminarás solo. Y de que esta convicción no es solo el estribillo de uno de los grandes himnos del fútbol, sino también, en la Travessera de les Corts o cerca del hotel Princesa Sofía, la descripción de un momento de indescriptible comunión sentimental.

Barcelona, enero de 2015



SERGI PÀMIES LÓPEZ (París, 1960) es un traductor y escritor español en lengua catalana. Escribe también artículos de prensa en castellano, actualmente en el diario *La Vanguardia*. Ha escrito diversos cuentos y novelas. Ha traducido obras de Guillaume Apollinaire, Agota Kristof, Jean-Philippe Toussaint, Frédéric Beigbeder, Amélie Nothomb y Daniel Pennac.

También ha colaborado en prensa y participado en espacios radiofónicos, a veces en colaboración con Quim Monzó. Actualmente colabora en el programa *Els Matins* de TV3.